

el rey y el prelado, que ha podido ocasionar fatales escisiones, y que últimamente, para bien de la Iglesia y del Estado, parece tocar á un desenlace ménos funesto de lo que se podia temer.

Agua de Colonia.

— Señor, (me dijo Tirabeque apénas salimos de la catedral), diga Vd. á este doméstico que nos lleve, ántes que á otra parte alguna, á ver esa famosa *agua de Colonia* que tanto nombre tiene por el mundo; y ahora es la ocasion de llevarnos para España algunos cubetos de ella, que supongo no nos costará mas que la vasija y el porte. ¿Pues qué, crees que el *agua de Colonia* es acaso la que lleva el *Rin*? — No, señor, pero por fuerza habrá alguna fuente muy abundante, puesto que da para surtir todas las perfumerías del mundo, y cada uno podrá llevar los cántaros que le acomode en tocándole su vez. En llegando á España, mi amo, hasta los hábitos voy á empapar en agua de Colonia, para que oliéndome desde média legua, digan: « ¡Qué perfumado va Tirabeque! Bien se conoce que acaba de llegar de Alemania, y que ha traído agua de Colonia por mayor. »

Hicele presente á nuestro guia el deseo de Tirabeque. « Está bien, me respondió, ahora mismo os conduciré al almacen de *Juan María Farina*, sucesor de *Paolo Féminis*, inventor del famoso cosmético, que es el almacen mas surtido y acreditado de la ciudad. » Nos condujo pues frente al mercado viejo (*Altenmarkt*). — Entre mos aquí, nos dijo. — Señor, me decia Pelegrin, yo hubiera querido cargar en la misma fuente; pero en fin, si es por tomar al mismo tiempo la vasija, no tengo inconveniente que llevemos de aquí algunas pipas ó barriles, aunque salgan un poco mas caros. — Estos señores, (dijo el *domestique* á una gruesa dama de mostrador) son extranjeros y quieren llevar á su pais agua de Colonia. — Y bien, ¿cuánta gustan llevar? — Señora, contestó Pelegrin, cuatro, seis ó doce cubetos, que con tal que tengámos para una buena temporada, por barril mas ó ménos no hemos de reparar.

Figúrese el lector cuál se quedaria mi lego al ver que en lugar de cubas ó toneles, nos presentaban unos pequeños frasquitos, muy historiados sí, pero de pocas onzas de agua. — Señora, le dijo, no ande Vd. con miserias; nosotros la queremos por mayor, por mayor. — Y bien, ¿cuántos cientos queréis? — Eche Vd. ochocientos ó mil. ¿Á cómo es cada añagaza de estas? — Á dos

francos y medio cada uno. — Señora, ¿piensa Vd. que aunque extranjero en el país, soy de los que se maman el dedo? Un frascito de estos cuesta en Madrid, en la calle del Caballero de Gracia, seis reales, ó sea franco y medio; con que es decir que aquí..... — Con que es decir, le respondió la hermana colombiense, que aquella no puede ser verdadera Colonia. — ¡Señora.....!!! Vd. ataca el honor nacional español!! — Lo que puedo decir á Vds. es que son precios fijos.

No hubo remedio : el precio no se bajo ; yo sin embargo compré algunos frascos por el gusto de traer *agua pura y legitima de Colonia*, tomada del fabricante mas acreditado y del almacen mas surtido de la misma ciudad, no con poco sentimiento de Tirabeque, que habia creído iba á cargar cubas enteras de agua de Colonia, de balde *vel quasi*; y que cada vez que desde entónces la ve anunciar en España á tan módicos precios como se vende, dice para sí : « ¿Legítima de Colonia, y á mí me la dan á seis reales el frasco? *Nequaquam mihi* : que lo crea el que no haya estado en Colonia en el almacen de *Juan María Farina*. »

Dietas, bailes, conciertos, máscaras, exposicion y loterías.

Para todo esto y mucho mas sirve un vastísimo salon del *Gürzenich* ó antiguo *palacio del comercio*, á que fuimos llevados por nuestro *commissionnaire*. — ¿Cuántas personas hace el local? le pregunté yo. — De 3,500 á 4,000 pueden estar cómodamente. — ¿Y qué objeto decís que tiene este salon? — Antiguamente se tuvieron en él muchas dietas. — Diga Vd., buen amigo, (preguntó Tirabeque) : ¿y se acabaron ya las dietas? porque si aun prosiguen, estoy porque nos retiremos cuanto ántes del salon, que los viajeros no estamos para dietas. — No has de ser majadero, le dije : las dietas que aquí se han tenido no son dietas de comer, sino dietas germánicas, ó sea el congreso ó asamblea general de los círculos de Alemania. — Así es, repuso el guía. Posteriormente, añadió, ha servido para bailes de máscara en los carnavales. — ¡Hola, amigo! ¿Tambien por aquí los salones del congreso sirven para salas de máscara? Yo creía que solo en España habia esto. — ¿En España tambien? — Sí, señor, con la diferencia que aquello fué primero salon de máscaras, y despues se ha destinado á templo de las leyes, y aquí sucede al revés.

— ¿Con que tambien se celebra en Alemania el carnaval? — ¡Oh! sí; pero exclusivamente el lunes y martes; se paga un *tha-*

Uer por la entrada, y se cena aquí, pero cada concurrente tiene que venir provisto de cubierto. — ¡ Cosa rara en verdad ! ¿ Y tiene algun mas uso este salon ? — ¡ Oh ! sí : aquí se celebran los famosos conciertos que cada tres años vienen á dar los músicos de Viena : ¿ veis aquel departamento adornado de antiguas molduras doradas del género gótico ? Pues allí se coloca la numerosa orquesta. Tambien se hace en él la exposicion pública anual de pinturas : estos tablados que veis, aun son restos de la que recientemente ha tenido lugar este año.

— Decidme ; ¿ qué significa este gran cilindro de madera que hay en medio ? — Esa es la caja en que se insaculan las bolas de la lotería del Estado, cuya extraccion se hace tambien aquí. — ¿ Luego tambien en Alemania se juega á la lotería ? — Ciertamente : ella es una de las cuatro fuentes de las rentas públicas de los Estados prusianos ; que son los correos, las contribuciones, la lotería y el monopolio de la sal. — Pues dígole á Vd., exclamó Tirabeque, que es un comodín el saloncito este.

Abogado hablador.

— ¿ Gustáis, nos dijo en seguida el cicerone, visitar el *oberlandegerichte* ? — ¿ Y quién es, preguntó Tirabeque, el señor *obrandogeriche* ? ¿ Es algun personaje de la familia real ? — ¡ Ah ! perdon : es el tribunal superior de esta regencia. — Pues hubiera Vd. dicho la audiencia ó chancillería, y nos hubiéramos entendido, y no el *obrandogeriche*. — Que me place, le dije yo. Y nos dirigimos allá.

El edificio es una magnífica galería moderna semicircular de un solo piso. Entrámos en la sala primera del tribunal, donde se estaba viendo un pleito sobre daños causados por un barco á otro. La sala era sencilla, con pavimento en declive como el de los teatros : siete jueces, dos abogados, dos procuradores y un alguacil circundaban una mesa, donde se veian algunos libros y unos tinteros negros, sumamente sencillos, y hasta pobres. El traje de los jueces era la toga con manga larga ; el de los abogados se distinguia en dos ó tres pielecitas blancas sobrepuestas á una especie de manga prendida á la espalda, y en una golilla tambien blanca, semejante á la de los clérigos franceses. Habia bastante público, y aunque nos encontráramos bien en razon á la buena temperatura que daban á la sala dos estufas, deseosos de ver mas pasámos á la sala segunda, cuyo aparato y adorno apénas se distinguia del de la primera.

Aquí encontramos un abogado perorando en pié, haciendo la defensa de su parte ó de su cliente. Aunque nada entendíamos, gustábanos el desparpajo y la afluencia oratoria que demostraba. Decía con desembarazo, hablaba sin vacilar, charlaba sin escupir. La facundia no podía negársele : de la lógica de su razonamiento yo no podía juzgar, porque no comprendía una sola palabra ; pero vive Dios que por copiosas y abundantes que sean las fuentes de donde nace el Rin, no brotarán de ellas tantos borbotones de agua como raudales de hervosidad salian de la boca de aquel abogado. Yo sin embargo le escuchaba con gusto, si bien hubiera deseado oír al otro abogado su contrincante. — Señor, me decía Tirabeque al oído, ¡ que en todas partes hayan de ser los abogados tan habladores ! Ahora véngame Vd. diciendo que los alemanes son taciturnos.

Mé dia hora iba trascurrida, y el jurisconsulto no habia salivado : á los tres cuartos hizo una pequeña pausa, á la que creí seguiria el « *dixi*. » Pero fué para pedir por señas un vaso de agua : llevóse el alguacil, bebió y prosiguió de nuevo como si principiaria entón ces. Nos cansá mos, y salimos dejándole con la palabra en la boca. No sé si á esta hora habrá concluido su oracion. Yo pregunté al guia el nombre de aquel abogado, que me dijo ser uno de los que tenian mas fama en Colonia. Siento no acordarme de él, por tener el gusto de consignar en estas páginas el nombre del jurisconsulto hablador.

Otra vez Rubens.

Á la salida del tribunal encontramos unos pelotones de reclutas que en el campo contiguo á un cuartel se estaban instruyendo en las primeras maniobras del ejercicio militar. Pará monos un rato, observando primero el águila negra de Prusia coronada de la diadema real que constituia el escudo de armas del cuartel, y símbolo de las armas reales de aquel reino ; mirando despues las garitas de los centinelas pintadas de fajas blancas y negras, que son los colores del pabellon ordinario de Prusia ; y fijándonos en seguida en lá manera cómo se enseñaba el ejercicio á aquellos soldados bisoños.

Grandemente se reia Tirabeque con algunas de las evoluciones de los reclutas, principalmente con las furiosas patadas que á la voz de « alto » les enseñaban á dar, y que retumbaban atrozmente en el suelo ; y mas todavía el verles, á otra voz de mando,

fijar una rodilla en tierra y afianzar la culata del fusil en el muslo derecho, con otras evoluciones raras que él decia no haber visto en ninguna táctica, ni yo tampoco. La tropa no era de gran talla.

Viendo y encontrando por todas partes lujosas tiendas y abundantes almacenes de pipas, utensilio el mas popular del país, llegámos á una calle donde me llamaron la atencion dos inscripciones que en dos lápidas de mármol negro en una casa de la izquierda se veian, con un antiguo retrato en medio. Miré con cuidado, y llamando á nuestro guia : « *Mr. le domestique*, le dije, ¿es el retrato de *Rubens* este? — En efecto lo es, me respondió : esta es la casa en que nació el príncipe de la pintura flamenco ; esa larga inscripcion que veis sobre la puerta lo explica ; pero quizá no la comprendáis, porque está en aleman. — ¿Y la otra que se ve mas arriba? — Aquella dice, que en esta misma casa murió la célebre *María de Médicis*, mujer de Henrique IV de Francia. La princesa protectora de las artes (único mérito que tuvo la funestamente famosa *María*) y el protegido artista que pintó los cuadros de su historia, ambos vivieron bajo un techo. Hoy posee esta casa el comerciante *Lambes*, que no la daria por todo el oro del mundo. Si queréis ver la capilla y pila bautismal en que fué bautizado *Rubens*, iremos á la iglesia de San Pedro. — Con el mayor placer, (le respondí) ; ahora mismo. — Espere Vd. un momento, señor, que estoy contando las ventanas..... diez y siete ventanas y dos pisos tiene la casa de *Rubens*, mi amo. — Bien, hombre, eso es una puerilidad. »

Fuimos pues á San Pedro, y tuvimos el gusto de ver la pila en que fué bautizado el famoso pintor, con una de sus obras maestras, un *San Pedro* crucificado en vice-versa, que se enseña con mucho misterio. Sin embargo, no está tan honrado *Rubens* en COLONIA como en AMBÈRES.

En el camino ya del hotel, y cerca de un templo luterano, oímos muchas voces de muchachos acompañadas de violin ; pero muchísimas voces, así como si fuesen mas de cien los chiquillos voceantes, y por cierto perfectamente acordes y armoniosas. — ¿Qué significa esto? preguntámos al guia. — Esta, respondió, es una escuela de primeras letras : en las escuelas de Alemania se enseña á los niños á cantar arreglándose á la nota,

Teatro.—Don Juan.

Por la noche nos fuimos al teatro. Si el mercado de DUSSELDORF

me habia recordado los mercados españoles, el teatro de COLONIA por su forma y sencillez me recordó al momento los teatros de España, como la fisonomía de muchas de las aldeas del país se me antojaban las aldeas nuestras; y no fueron solo estos los puntos de contacto que á mí me pareció hallar entre españoles y alemanes, sino que, ó fuese aprehension mia, ó fuese así en realidad, yo creo haber encontrado semejanzas muy marcadas hasta en algunas de las costumbres y en algunos rasgos del carácter de los habitantes de ambos países, mucho mas que entre españoles y franceses, á pesar de ser convecinos, y que entre españoles y flamencos, á pesar de nuestra antigua dominacion en ambas Flándes.

Representóse aquella noche la ópera alemana : *Don Juan*. La compañía no era sobresaliente : la orquesta se componía de treinta y tantos instrumentos. No habia mucha concurrencia, y la funcion mas estuvo fria que animada.

Recojamos velas.

El tomo crece, y el viaje no se acaba : y por mas que me he propuesto ser compendioso y sucinto, por mas que he procurado entresacar del abundoso campo de mis apuntes de viaje puramente lo que me ha parecido necesario para dar una idea de cada país y cada pueblo, esforzándome por encerrar en este solo volumen observaciones con que pudiera haber llenado dos ó mas, á pesar de eso las jornadas dan de sí mas que las páginas, y es ya forzoso recoger velas, y tocar á nueva retirada desde Colonia.

Pero no puedo ménos de aconsejar al viajero que llegue á las orillas del Rin, que no se vuelva sin subir siquiera hasta *Coblenza y Mayenza*, y aun mas allá si le es posible, seguro de que me habrá de dar las gracias, pues encontrará, como yo encontré, comarcas risueñas, poblaciones lindas, antigüedades curiosas, ruinas venerables, crónicas extrañas, leyendas extravagantes, tradiciones indefinibles, recuerdos históricos, y costumbres dignas de estudio; y le parecerá algunas veces, como á mí me parecia, que viaja por un país encantado, que pocos habrá á fe mia, que ofrezcan mas encantos y que merezcan tanto ser visitados por el hombre estudioso y observador como las orillas del Rin, y así son ellas frecuentadas cada año por los hombres de letras de todos los países de Europa.

Yo, Fr. Gerundio, cediendo á la necesidad de poner término á

estos mis desaliñados apuntes, me contemplo otra vez de vuelta en COLONIA, y desde aquí dispongo mi regreso á España por el camino mas breve. Comunico pues mis órdenes á Pelegrin, y preparado nuestro equipaje, una mañana á las siete y média nos embutimos en un *ómnibus*, y flanqueando las murallas semicirculares de la ciudad, al cuarto de hora nos hallámos en el establecimiento de donde parten los convoyes de vapor para el nuevo carril de hierro que conduce de *Colonia á Aix-la-Chapelle*.

Nuevo camino de hierro

Tan nuevo era este carril, que se habia inaugurado en aquella misma semana. Era el cuarto dia que se viajaba por él. Resentíase aun el servicio de la falta de práctica; y las detenciones en cada *estacion* descubrían dos cosas, la poca costumbre en la operacion de los relevos, y la diferencia de la flemma alemana á la viveza belga. Habíanse hecho sin embargo reformas ventajosas en los carruajes, siendo una de ellas los colchoncillos que cubrían todo el piso de los coches; reformas que agradecieron no poco nuestros piés en la fria *estacion* en que esta jornada hacíamos.

Ni los conductores tocaban la trompeta como en Bélgica, ni habia tanta afluencia de viajeros como en Bélgica, ni se privaba fumar tan rigurosamente como en Bélgica, ni se pedían tantas veces los billetes como en Bélgica. Pero ni el desahogo, ni la libertad que gozábamos, nos alegró tanto como haber oído á un anciano que en nuestro coche venia dirigirnos la palabra en español, aunque chapurrado. — «Veo, nos dijo, que Vds. son españoles. — Servidores de Vd. : y Vd., dado que no lo sea, al ménos debe haber estado algun tiempo en España. — No, en verdad; pero mis ascendientes vinieron de allí, y aunque esto hace muy largo tiempo, se ha ido trasmitiendo de padres á hijos algun conocimiento del idioma español. Por lo demas, yo soy nacido en *Amsterdam*, y allí estoy establecido con casa de comercio. — ¡Hola! en *Amsterdam*! Allí hemos estado nosotros el mes pasado. — Puesto que Vds. son españoles, quizá conozcan mi apellido; *Méndez*. — Mucho, contestó súbitamente Pelegrin : conozco una infinidad de *Méndez* en España. Y el nombre ¿se puede saber? — ¡Oh! sí; mi nombre es *Josué*. — *José* querrá Vd. decir, que no *Josué* : la *u* está de sobra. — Ah, no, perdon : mi nombre no es *José*, sino *Josué* : *Josué Eleazar Méndez*. — Señor, (me dijo entonces Tirabeque acercando su boca á mi oreja izquierda), el diablo

me lleve si el *señor Josué* no es uno de los treinta mil judiazos que hay en *Amsterdam* : esa *u* se me hace muy sospechosa ; milagro será que este hombre sea cristiano. »

Así era efectivamente, segun despuesse aclaró, lo cual dió motivo á graciosas contestaciones entre él y Tirabeque.

En esto el terreno se iba elevando, encontrábanse ya montañas formales, y entrámos en un *tunnel* ó camino subterráneo como de unos tres cuartos de legua. — ¿Qué le parece á Vd. de esta oscuridad, *señor Josué*? preguntó Tirabeque al mercader israelita. — ¡Oh! es espantosa, le respondió : es una lobreguez terrible. — Pues mire Vd., añadió Tirabeque ; así tienen Vds. que quedarse los que esperan el Mesías, tan á buenas noches como estamos ahora. Yo le apreté un pellizco por correctivo de su imprudencia, pero él léjos de callar, « sí, señor, prosiguió, aunque el amo me pellizque, así tienen Vds. que quedarse los judíos. »

De este modo, poco mas ó ménos, fuimos continuando nuestra jornada, hasta llegar á *Aix-la-Chapelle*, última ciudad de Alemania por aquella parte, ó sea la primera entrando desde España por las fronteras de la Bélgica. Tomámos nuestro *ómnibus*, y nos dirigimos al gran hotel del *Dragon de oro*. Almorzámos, y salímos por la ciudad á practicar nuestra visita de ordenanza.

AIX-LA-CHAPELLE.

Los duendes.

El *cicerone* de *Aix-la-Chapelle* (ó *Aquisgran* como en español decimos) habia sido sargento del ejército de Napoleon, y habia hecho la guerra en España por cuatro ó cinco años. Mucho se alegró él cuando supo que éramos españoles, pero mas nos alegrámos nosotros cuando comenzó á hablarnos en español, aunque tan magullado como se deja suponer en quien habia aprendido el idioma de los alojamientos, y aun este mismo hacia treinta años justos que no le usaba.

Tal era sin embargo el hambre que traíamos de oír hablar nuestra lengua nativa, que al pronto nos pareció haber topado con un Cervántes ó un Rioja. Pero no tardó en pesarnos del hallazgo. Verdadero tipo del hombre-pelma, parábase á cada paso á referirnos sus azares de campaña, y á informarnos de cuantas vicisitudes generales y particulares habia experimentado en la guer-

ra. — Bonita ciudad es *Aix-la-Chapelle*, le decia yo : hermosos edificios son los de este pueblo. — Sí, señores, el caserío es hermoso. En Talavera salí yo herido en esta pierna : ¡ oh ! mi regimiento se batió allí con bizarría. — ¿ Qué poblacion tendrá la ciudad ? — La ciudad tiene unos 40,000 habitantes. En la batalla de los Arapiles caí yo prisionero, y fui canjeado en Badajoz. — Lo creo muy bien. Pero dígame Vd., ¿ qué edificio es este ? — Esta es la casa de Ayuntamiento ; despues subiremos á ella, y enseñaré á Vds. grandes cosas. — ¿ Y esta estatua que hay en medio de la plaza ? — Esa es la estatua de Carlo-Magno : reparad á sus dos lados dos viejas águilas de bronce con sus plumas negras y herizadas. Ya sabréis que son las armas de Prusia. Señores, en Ocaña volví á salir herido en este brazo : mirad, aun se conoce la cicatriz. ¡ Pero qué buen vino bebimos en Ocaña ! ¡ Oh ! buen vino ; soberbio ; ¡ diablo, qué vino tan famoso ! — Diablo que cargue con tu estampa, sinapismo de Barrabas, exclamó Tirabeque. Ande Vd. con mil pares de canarios, y explíquenos las cosas de la ciudad, y déjenos de batallas y de historias, que no hemos venido aquí á eso. — Perdon, señores ; sigan Vds. por aquí, y ahora les contaré una de las historias mas curiosas de *Aix-la-Chapelle*.

Continuámos pues hasta una calle estrecha. — Esta es, nos dijo, el *Hinzen-Geeschen*. — ¿ Y qué significa el *Hinzen-Geeschen* ? — Significa..... ¡ oh diablo ! ¿ cómo se llama en español una *ruelle* ó *petite rue* ? — Será una *callejuela*. — Eso, sí señor, esta es la *callejuela de los duendes*. — ¡ Hola ! ¿ hay *duendes* por aquí ? — Escuchad, os referiré una crónica divertida.

« Habia antiguamente en el país del Limbourg unos inmensos subterráneos, á cuyas extremidades nadie se habia atrevido á llegar. En estas cuevas, que de dia parecia estar desiertas, se reunia desde el anochecer una tropa de *duendes*, que se pasaban la noche en alegres comilonas, cantando en una lengua desconocida, y echando buenos trinquis en unas copas de oro, cuyo choque imitaba perfectamente el sonido de una campanilla. Una noche sucedió que cierto pastor á quien se le habia extraviado un becerrillo, oyendo el ruido de la cueva penetró en el subterráneo, creyendo que el sonido que percibia era de la campanilla de su becerro. Entra, y se halla con la familia de los *duendes* que bebian, cantaban y jugaban alegremente. Retírase el pastor sin ser sentido, y se encamina apresuradamente á contar á su confesor la escena de los diablillos que acababa de presenciar. El confesor era un

severo fraile que no amaba los *clubs*, ni le gustaban las reuniones clandestinas, ni estaba por otras fiestas que las autorizadas por el calendario romano.

« El buen padre determina desalojar de aquel sitio á los diablitos. Al efecto reúne todo el clero que puede, y á su cabeza se dirige en procesion al subterráneo; levanta sobre él un altar, celebra una misa, y reza los exorcismos. Los pobres duendes huyen amedrentados, y trasladan su domicilio á otro subterráneo que habia entre la puerta de Colonia y la de Sand-Kaul; pero los pobrecitos no tuvieron tiempo para recoger y llevarse consigo el rico menaje de su antigua morada, de suerte que se encontraron sin su vajilla de plata y sin sus timbales de oro. Cada vez que tenian que celebrar su orgia, acudian á las casas de las calles vecinas en busca de candeleros, vasos, fuentes, cacerolas y demas aprestos de una mesa. Entraban por las chimeneas, y arramblando estrepitosamente con los utensilios de que habian menester, los llevaban á su cueva, se servian de ellos, y al dia siguiente ántes de amanecer los volvian á colocar á las puertas de sus respectivas casas. »

Demasiado buenos eran esos duendes, interrumpió Pelegrin, ya me contentara yo con que los duendes de dos piés que andan por ciertas tierras, tuvieran la buena costumbre de restituir como los duendes de Alemania. — Suplicote, Pelegrin, le dije, que no cortes el hilo de la historia : tiempo tendrás de comentarla.

« Los inquilinos de la calle (prosiguió el guia) llegaron á convencerse de que les traia mas cuenta, cada vez que el ruido de la batería de cocina, ó el relincho de los caballos, ó el chisporroteo del fuego les anunciaba que era noche de fiesta para los trasgos, sacar por sí mismos á la puerta de la calle los utensilios que los nocturnos visitantes domiciliarios tenian costumbre de entrar á buscar. Hiciéronlo así : los duendes agradecidos no volvieron á incomodarlos, y los vecinos lograron por este medio dormir con tranquilidad.

» Sucedió pues que una noche se alojaron dos soldados valentones en el hotel ó fonda *del Salvaje*, situada en la *Callejuela de los duendes*; y habiendo encontrado al patron limpiando cuidadosamente el tren de cocina, y observando que luego que le tenia reluciente y brillante lo sacaba al umbral de la puerta, le preguntaron el objeto de aquella maniobra; informóles el patron de todo; y los soldados que era gente que ni en Dios creia, cuanto mas en diablos ni Martinillos, le dijeron con arrogancia : « patron, vuelva, vuelva Vd. á poner en su sitio la batería de cocina,

que nosotros estaremos á la puerta, y cuando vengan los señores duendes, voto al infierno que en lugar de cazuelas y platos se han de encontrar con dos espadas bien afiladas : deje Vd. á los duendes de nuestro cargo. » Y así lo hicieron, sin que fueran bastante á desanimarlos las tímidas reflexiones del patron.

» Púsose este á observar y escuchar detras de la puerta. Á la média noche oyó á los soldados conversar amigablemente : á las dos de la mañana les oyó hablar en alta voz, en seguida trabarse en disputas, luego cruzarse los aceros, y por último sucedió repentinamente un silencio profundo. Tan pronto como fué de día salió el patron lleno de curiosidad, y halló á los soldados muertos, atravesados con sus mismas espadas. Nadie dudó que la catástrofe habia sido obra de los malditos duendes. La noticia de esta aventura llegó á oídos del mencionado fraile, el cual resolvió decididamente arrojar los duendes de la ciudad, como ántes los habia arrojado de los subterráneos del castillo de Emmaburch. En su consecuencia bajó á la caverna de la torre, provisto de agua bendita y armado de hisopo ; exorcizó de nuevo á los revoltosos duendes, y desde entónces emigraron sus señorías de la calle y de la ciudad, donde hasta la fecha no han vuelto. Pero desde aquella época le quedó á la calle el nombre de *Hinzen-Geeschen*, ó *Callejuela de los duendes*. »

Reímos los dos viajeros de la anécdota duendil, y nos convencimos cada vez mas de que la Alemania era el país de las leyendas raras y de las tradiciones extravagantes, no pudiendo comprender como en un reino tan civilizado, tan adelantado en las ciencias y en las artes, se conservaban consejas tan antiguas y relaciones tan inverosímiles, y no pudiendo explicarlo sino por la regla de los vice-versas.

Otros duendecillos de otra casta.

Érase un magnífico salon ; Magnífico con *M* grande ; todo de piedra, con elegantes é historiadas molduras, relieves, tarjetas, rosetones, cornisamentos y todo género de adorno ; que nada le hacia falta para ser magnífico al salon á que nos condujo despues nuestro guía *Ricken*. — « Y bien, ¿ dónde nos lleváis ahora ? le habíamos preguntado al subir por la anchurosa escalera. — Ahora (respondió) vais á ver un buen salon habitado por otra casta de *duendes*. — ¿ Pero le habitan en la actualidad ? — Sí, en la actualidad, dijo sonriéndose. — Es que en ese caso yo no entro, repuso

súbitamente Pelegrin. — ¡ Oh! no hay cuidado : guardáos solamente de caer en tentacion de jugar con ellos. »

Al tiempo de entrar oímos sonar mucho dinero. « ¡ Hola! exclamó Pelegrin, estos deben ser duendes ricos. Entremos, mi amo, que puede que algo se nos pegue, porque los duendes suelen ser muy manirosos, y así lo desperdician como lo ganan. »

Sorprendidos nos quedámos al ver en el salon como unos 80 caballeros colocados en derredor de dos grandes mesas, tan entretenidos y abismados en su ocupacion, que ni se apercibieron de nuestra entrada. — ¡ Toma, toma! exclamó mi lego : ¡ no están malos duendes, voto á mi santo hábito! Estos juegan á la *ruleta*, y estos otros al *treinta y cuarenta*! ¡ poder de Dios, y qué de dinero anda por el corro! ¡ qué de oro y qué de plata! Señor, las monedas de cinco francos son las mas pequeñas que andan en juego. Diga Vd., señor *Ricken*; ¿y no hay en todo *Aix-la-Chapelle* una autoridad que venga á echar el copo á esta gente con un par de alguaciles que los metan en chirona? — Al contrario, respondió; este juego está consentido y aun autorizado por el gobierno; y sueldo del gobierno gozan los empleados, como el cajero, el contador, el banquero y otros : la municipalidad tiene tambien aquí su intervencion. — ¿Se burla Vd., señor sargento herido? — ¡ Cómo burlarme! Aun os diré mas. El curso del juego está abierto desde 1º de Mayo hasta 31 de Diciembre, y se tienen por reglamento tres lecciones diarias. Es decir, desde que se abre la matrícula hay seis horas de aula cada dia, repartidas en tres períodos. Ved si los alumnos pueden salir instruidos en esta útil ciencia. Pero á los habitantes de la ciudad les está prohibido jugar; solo se les permite el último dia. El fondo diario es solo de 30 mil francos; es la mayor cantidad que cada dia se puede perder. — Pues entónces, exclamó Tirabeque, ya veo yo que es un juego religiosito. — Sin embargo, replicó el guia, muchas familias se han arruinado. — Eso no lo puedo creer, repuso Tirabeque; ¿qué son 30,000 francos cada dia?

— ¡ Oh, señores! prosiguió *Mr. Ricken* como trayendo algo á la memoria : ahora recuerdo que hay aquí dos compatriotas de Vds. — ¡ Dos españoles! — Sí, dos españoles. Ved allí el uno; el otro.... el otro.... ¿ dónde está el otro? pues ellos no suelen faltar á todas las sesiones : ha, vedle aquí; el que está engançando aquellas monedas de oro con la regata. Ni el uno ni el otro se apercibieron de nosotros : estaban tan embebidos, que ni veian ni oian. Pero despues tuvimos ocasion de conocerlos y tratarlos : ambos

estaban en nuestro mismo hotel, y comíamos juntos á la mesa redonda. Entrámos como paisanos en explicaciones amistosas, y resultó que el uno llevaba seis años y el otro tres de residencia en *Aix-la-Chapelle*, dedicados exclusivamente á la ocupacion del juego. ¡ Y luego dirán los enemigos de nuestras instituciones que no tenemos representantes en Alemania, y que están interceptadas las relaciones políticas entre la España y la Prusia !

Procurámos informarnos como era que el gobierno prusiano permitia y aun autorizaba el juego de azar en *Aix-la-Chapelle*, hasta el punto de haberlo reglamentado; y se nos dijo que habia empezado por tolerarle como una distraccion necesaria al sin número de extranjeros que cada año concurren á pasar la estacion del verano á las orillas del *Rin*, y habia concluido por hacerle una especie de curso académico con sus correspondientes reglamentos y constituciones. Tirabeque quedó encantado del nuevo ramo de ilustracion que habian introducido los extranjeros, y no se olvida él nunca del gran salon de *Aix-la-Chapelle* destinado á los duendes jugadores, ni de la carrera científica que habian ido á seguir allí nuestros dos compatriotas.

Pasámos por la hermosísima rotonda destinada á los celebrados baños minerales y sulfurosos de *Aix*, descubiertos por Carlo-Magno : probámos sus aguas calientes, y tan desagradables como todas las aguas minerales; visitámos sus lindos cuartos de descanso; y luego nos fuimos á buscar el nuestro al hotel, sin ver mas por aquel dia, pues aunque habia teatro, la compañía era alemana y no nos divertia ya gran cosa ver, oír, y no entender.

El célebre relicario.

Al otro dia salimos temprano á visitar la catedral. — Señores, nos decia *Ricken* en el camino, hoy van Vds. á ver cosas buenas. Señores, en Castilla la Vieja, en una villa que llaman.... ¿ cómo se llama aquella villa? Ha, Villadolit; allí comí yo un pan exquisito: ¡ oh! exquisito pan! Y despues cuándo entré en Madrit con el rey Joseph, que entónces iba yo todavía herido.... — La lástima es que has sanado, maldito, murmuró por lo bajo Tirabeque. — ¿ Qué decia Vd., signor? — Nada, nada, que haga Vd. el favor de no pararse, porque tengo gana de ver esas grandes cosas que tiene Vd. que enseñarnos hoy. — Oh, sí, váis á ver un tesoro de reliquias el mas rico del mundo. — Pues bien, hágame Vd. la gracia de no pararse para decirlo, y vamos allá.

Llegámos á la célebre catedral de Carlo-Magno. Entrámos en ella : el templo es pequeño, pero de un gusto muy extraño, y de una arquitectura singular. Su figura es un octógono ; en medio de su pavimento hallámos una gran lápida colosal con esta sencilla inscripcion : « CARLO-MAGNO. » Habia mucha gente arrodillada, al parecer rezando con devocion : nosotros imitámos su santo ejemplo ; pero no tardó el guia en indicarnos por una seña, que acudiéramos á un rinconcito donde nos aguardaba. Fuimos allá : « ¡ Oh diablo ! nos dijo : otros extranjeros no se ponen á rezar como Vds. Escuchen : debajo de aquella lápida, en una gran cueva cuyo pavimento era de oro, y cuyas paredes estaban tapizadas con banderas y estandartes, se hallaba el cadáver del Carlo-Magno, emperador de Alemania, y fundador de esta iglesia, sentado en un sillón de mármol cubierto con láminas de oro, con su corona en la cabeza, teniendo por remate una cruz tambien de oro, en una mano el globo y el libro de los Evangelios, y en otra la espada. Todo esto lo descubrió el rey Othon III, haciendo cavar debajo de ese sarcófago. Las prendas sirvieron despues para la coronacion de otros emperadores, pero con motivo de las revoluciones han ido desapareciendo todas, ménos el trono ó sillón. ¿ Queréis verle ? — ¡ Pues no hemos de querer ! con mucho gusto. »

Avisó á un sacristan, el cual nos condujo al primer piso por una escalera de piedra. « He aquí, (nos dijo) el *Hochmünster*, es decir, el famoso trono, de que tanto hablan las crónicas, y en que estaba sentado el emperador Carlo-Magno en su tumba, y en el cual, en memoria de este hecho, se sentaban despues los emperadores el dia de su coronacion. » Tirabeque que estaba acostumbrado á sentarse en el trono de Luis Felipe (1), y en cuantos habia encontrado ocasion, con toda libertad y desembarazo hizo ademán tambien de ir á reposar sus asentaderas en el de Carlo-Magno. — ¿ Qué vais á hacer ? le preguntó conteniéndole el sacristan. — ¿ Qué habia de ir á hacer ? sentarme. — ¡ Oh ! perdonad ; eso es imposible : el mismo emperador Napoleon no se atrevió á sentarse en este trono : y un dia que la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, se hizo abrir las puertas, y aprovechando la soledad se sentó en el *Hochmünster*, á poco rato se oyó un espantoso grito, se acudió á ver lo que era..... la princesa se habia desmayado : el viejo emperador Carlo-Magno se le habia aparecido, y le habia dicho cosas terribles con una voz espantosa reprendiéndole su te-

(1) Tomo primero, página 151.

meridad. — Pues señor, repuso mi buen lego, si tales cosas suceden, renunció á sentarme.

Pero luego acercándose á mí el sacristan, me dijo al oído : « No creáis nada de esto ; se cuentan una porcion de consejas por este estilo para mantener la veneracion : si queréis sentaros, haced que baje *Mr. Ricken*, y os daré este gusto por cinco francos, seguro de que no os habréis de accidentar. — Contad con ellos, le dije, (no atreviéndome á regatearle el precio como Alejandro Dumas). *Mr. Ricken*, tomaos la molestia de ir bajando, que allá vamos nosotros. »

Bajó el guia ; nos quedámos solos ; anticipé los cinco francos al sacristan, y uno tras otro tuvimos Fr. Gerundio y Tirabeque el gusto de sentarnos en el venerable y misterioso trono de Carlo-Magno, sin que el viejo emperador se encontrase de humor de aparecérsenos, y sin que por ello hasta la fecha hayámos experimentado contratiempo alguno.

Bajámos, y despidiéndose contento el sacristan, se nos encomendó á una especie de bedel ó pertiguero encargado de enseñar las demas reliquias. — « Señores, ¿venís á ver las santas reliquias? — Si, señor. — ¿ Sabéis ya que cuesta siete francos? — Que cueste setenta, replicó enfadadamente Pelegrin : los españoles no reparámos en bagatelas. ¿ Hay muchas que ver? — ¡ Oh ! es un tesoro el que posee esta iglesia. Tenemos el ceñidor de Nuestro Señor Jesucristo ; una parte de las cuerdas con que fué atado á la columna ; un fragmento de uno de los clavos de la cruz ; un pedazo de la esponja que se empapó en hiel y vinagre, y una astilla de la vara con que fué azotado.

» Y tenemos tambien el cinturon de la Virgen, el brazo sobre que el gran sacerdote Simeon llevó al niño Jesus, la cabeza de San Atanasio, la sangre y los huesos de San Estéban protomártir, sobre los cuales prestaban juramento los reyes de los romanos, un anillo de la cadena que llevaba San Pedro en la prision, un poco de aceite de Santa Catalina..... ¡ Oh ! tenemos tantas preciosidades..... — Siga Vd., siga Vd., hermano, que por lo que veo hay aquí reliquias de todos los santos y santas de la corte celestial.

» Tenemos tambien (prosiguió), cabellos de san Juan Bautista, fragmentos de la vara de Aaron, tenemos tambien maná del desierto, y hemos rescatado las tres reliquias que el emperador llevaba siempre colgadas al cuello y se habian extraviado en el sepulcro. — ¡ Hola ! ¿ y qué era lo que llevaba por collar el señor emperador? — Las tres reliquias son : un vaso de cristal que en-

cierra cabellos de la Virgen, un pedazo de la verdadera cruz, y la tercera su retrato pintado por san Lúcas..... — ¿Con que san Lúcas era pintor, he? — Sí que lo era; como que retrató al emperador. — ¿Y cómo lo retrató? ¿al daguerrotipo? — ¡Oh! vos os burláis, pero no por eso es ménos cierto. Y os he de enseñar además la cabeza y un brazo del mismo Carlo-Magno, y aun el cuerno de caza del emperador. — ¿Con qué hasta cuernos tenéis por reliquias? — Ahora os burláis, pero venid conmigo, y os enseñaré aun mas de las que he enumerado. Me parece que os he dicho que cuesta siete francos. — Y yo tambien le he dicho á Vd. que mas que cueste setenta: ¡haya cosa! — Bien, si os empeñáis en darme setenta, no me opondré á ello. — Parece Vd. bobo y no lo es, señor peluca; tome, tome Vd. ocho francos, vuélvame Vd. uno, y vamos andando, que basta de conversacion. »

Procedimos pues á la revista del relicario; el ciudadano Pincerna tocaba, empuñaba, manoseaba las santas reliquias ni mas ni ménos que pudiera manosear un bodigo en la mesa de su casa. Nosotros, por si eran ó no verdaderas, fuimos imprimiendo un ósculo en cada una muy devotamente, de lo cual mostraba cierta extrañeza el bedel, como quien no estaba acostumbrado á ver en otros curiosos tan religiosas demostraciones. — Y bien, le pregunté yo; ¿no podréis decirme cómo ha venido aquí tan rico tesoro de reliquias? — Unas, me respondió, le fueron enviadas al emperador por Juan, Patriarca de Jerusalem; otras, le fueron regaladas por Aaron, rey de Persia; otras le vinieron de Constantinopla, y otras en fin, de los Santos Lugares.

« Hasta ahora, señores (continuó), vos no habéis visto mas que las pequeñas reliquias. — ¿Cómo es eso? ¿hay otras reliquias mas grandes? — Ciertamente. — ¿Y por qué no nos las ha enseñado Vd., señor sacristan, ó racionero, ó lo que Vd. sea? ¿Ó espera Vd. que le demos otros catorce francos por ver las grandes? — Perdon, señores, las grandes reliquias no se enseñan sino cada siete años: en el intermedio no se pueden manifestar sino á los reyes y testas coronadas. — Pues bien, aquí hay una testa coronada (y señalaba Tirabeque á mí). — Perdon mil veces; yo no sabía que este caballero fuera algun príncipe. — Príncipe no es, no señor; pero aunque ahora trae la testa sin corona, allá en España miéntras estuvo en el claustro, pocas coronas habia mas grandes que la suya. — Segun eso, Monsieur ha sido monje. — Fraile, fraile. — Es igual para mí. Pues sabed que yo os enseñaría de buena gana las grandes reliquias por los catorce francos que

habéis dicho, aunque es verdad que nos está prohibido ; pero es lo peor de todo que no tengo yo las llaves : ¡son tan desconfiados estos canónigos ! — ¿Qué tal, mi amo ? me dijo Tirabeque en español : ¿se explica, se explica el hermano reliquero, he ?

— Al ménos, le dije yo, nos podréis decir en qué consisten las grandes reliquias.

— Ah, sí, yo lo haré de buen grado. Las grandes reliquias son las siguientes : el vestido que tenia puesto la Virgen cuando nació el niño Dios ; las mantillas que envolvieron al Salvador en la cuna ; el paño sobre que fué decapitado el Bautista ; y el lienzo que ciñó al Redentor en la cruz. Cada una de estas reliquias está empaquetada en una pieza de seda. ¡Cuánto siento no tener las llaves para enseñáros las !

En fin, visto lo que podíamos ver, é informados de lo invisible, nos despedimos atentamente del pertiguero, y salimos muy complacidos de la visita al famoso relicario de *Aix-la-Chapelle* (1).

Treinta y siete emperadores y dos célebres paces.

« Ahora, señores, (nos dijo el *domestique* al salir de la catedral), voy á tener el honor de llevaros donde ántes os dije, al palacio municipal. Os habéis de alegrar mucho de ver la casa de villa, porque ella encierra grandes recuerdos, y mas para los españoles : ¡oh, los españoles ! ¿Sabéis que me acuerdo yo mucho de los españoles ? ¡ Sevilla, Sevilla ! En Sevilla estuve yo en el año de 1812 : buenos olivos ; ¡ oh ! sí, buenos olivos ; y mucho buen vino tambien. — Tambien, sí señor, pero dígamelo Vd. andando, que no estamos para perder tiempo. — ¡ Caramba ! los españoles sois Vds. muy vivos. — No, que tendrémos la flema de los alemanes, y seremos tan pelmazos como Vd. »

Llegámos á la gran plaza donde está la casa de ayuntamiento, alta de tres pisos, imponente y severa en su exterior, decorada con las viejas águilas prusianas, y flanqueada de dos torres, la llamada del *Mercado*, y la nombrada de *Granus*, el romano. Desde la escalera empezaron á presentárenos recuerdos españoles. En un gran cuadro estaba representado Carlos IV (no de Borbon) dando los privilegios á los magistrados de la ciudad, todos vestidos

(1) Lo mismo con corta diferencia parece que le pasó á Dumas en la catedral de *Aix-la-Chapelle*. — *Excursions sur les Bords du Rhin*, tom. 2.

á la antigua española. Subimos al primer piso : un portero nos franqueó la *sala de los emperadores*.

« Aquí tenéis, señores, la sala en que fueron coronados Luis el Bueno, Carlos V y otros 35 emperadores y reyes. Ella era mas grande, pero el Consejo municipal la ha dividido en dos. Aquíera donde se recibia á los emperadores el juramento sentados en el sillón de Carlo-Magno, ceñidos con su espada, y teniendo delante los huesos de San Estéban y el libro de los Evangelios del mismo Carlo-Magno. Y aun despues que se introdujo por costumbre coronarlos en Francfort, no se podia hacer la ceremonia sin que prestaran su consentimiento los habitantes de *Aix-la-Chapelle*, y sin que se enviara de aquí la espada y el cinturon, y el libro de los Evangelios encontrados en la tumba de Carlo-Magno. — Muy bien, *señor Ricken*, muy bien; esto es muy histórico y muy venerable. Y estas pinturas al fresco de al rededor ¿qué significan? — Esas son de historia romana : ved, en todas ellas se lee : « *victus, sed invictus*. » Aquellos son los retratos de Napoleon y Josefina. — Sí, estos ya los conozco.

« ¿Y este cuadro histórico, donde se ve un personaje vestido á la española? — ¡Oh, señores! Ese es el cuadro que representa la *primera paz* de *Aix-la-Chapelle* entre Francia y España, que se celebró aquí en este salon en que estamos : ese es el embajador español que asistió al congreso. — ¿No me diréis en qué año? — En el 1668. — Basta, basta, ya estoy. — ¿Qué *paz* fué esa, mi amo? Porque yo estoy un poco atrasado en estos puntos de historia. — Te lo diré, Pelegrin.

» Las victorias y conquistas que Luis XIV de Francia habia logrado los años anteriores sobre los Países-Bajos tenian alarmada la Europa, y hacian temer el excesivo engrandecimiento de la casa de Borbon. En este estado se acordó en 1668 celebrar un congreso en *Aix-la-Chapelle* para contener los progresos de la Francia en su guerra contra España, al cual asistieron plenipotenciarios holandeses, ingleses, suecos y españoles. Acordóse en él que la Flándes se dividiria en dos partes, una para la España y otra para la Francia, contándose entre las plazas de esta, Lila, Tournay y Oudenarde, y restituyéndose á la España el Franco-Condado. Todos se conformaron con la *paz de Aix-la-Chapelle*, si bien Luis XIV la firmó de mala gana, jurando en sus adentros vengarse de los holandeses en ocasion oportuna. »

« Señor, de ese modo es muy fácil celebrar *paces*; diciendo : « vaya, partan Vds. por mitad lo que hay y llévense cada uno su

parte, » es natural que se conformen los que se lo disputan. — No siempre, Pelegrin; eso consiste en las fuerzas y en la ambición de cada contendiente. — Pues aun fué mas célebre la *segunda paz* que se celebró en este salón, añadió *Ricken*. — ¿Pero juega en ella para algo la España? le preguntó Pelegrin. — Y mucho, señor. La *segunda paz de Aix-la-Chapelle* fué la que puso término á la sangrienta guerra de la sucesión austriaca en 1748. — Señor, lléveme el diablo si yo entiendo tantas guerras y tantas paces, que yo creía que una paz bastaba para concluirse una guerra, y luego me encuentro con otra paz, lo cual debe ser señal de que habia guerra otra vez, y llevo en la cabeza un baturrillo de guerras y de paces que me dejo ahorcar si yo le entiendo (1). »

(1) Á propósito y atención á la notilla. Para que se vea si trae fecha larga el decidido afán y empeño de disputarse nuestros muy caros y muy amados aliados y amigos los ingleses y los franceses la preponderancia, influencia y ascendiente sobre su muy querida España, oigan Vds., hermanos míos, lo que nos cuenta el historiador Mariana por consecuencia de la *segunda paz de Aix-la-Chapelle*.

« De esta manera (dice el historiador) terminó la sangrienta guerra de la sucesión austriaca, llamada por algunos guerra pragmática, porque tuvo su origen de la pragmática sanción promulgada por el emperador Carlos VI. — Fernando VI, y su ministro Carvajal eran desafectos á la Francia *por el aire de superioridad con que procuraba siempre presentarse como tutora de la España*, y además porque los franceses procuraron por medio de sus diplomáticos agriar al rey de España con el duque de Parma y el rey de Nápoles: así que las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el monarca francés conociendo que debia captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenia en Madrid, pero no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, *y de esta suerte se movia una especie de lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cuál de las dos naciones conseguiria preponderancia en Madrid*, etc. etc....

» El afán (dice en otra parte del mismo capítulo) con que procuraban los ingleses y franceses atraer á su partido á la España, tenia una causa: tal era la querrela en que andaban desavenidos aquellos, á punto de declararse la guerra. Interesábales por tanto tener un aliado poderoso por mar, y la Francia hizo el último esfuerzo para conseguir su objeto. Envió á Madrid de embajador al duque Duras, hombre de mérito personal, y diplomático distinguido. Pero tenia que luchar con el embajador inglés que era mas hábil que él; y de esta suerte, entre dos grandes potencias que solicitaban su amistad, *pudo la España continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna*. » MARIANA, tomo 9, libro 6, capítulo 1º.

¿Se parece algo la situación de la España de entónces á la de ahora, ó no? ¿Y dirán los actuales ministros que no pueden ménos de decidirse por la Inglaterra ó por la Francia! ¿Cómo pudo la España de entónces *continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna*? ¿Por qué no ha de poder ahora lo mismo? ¿Ó son inútiles las lecciones de la historia?

Extraordinario placer gozaba yo, Fr. Gerundio, cada vez que me veía en tan célebres lugares, y mas cuando estaban enlazados con recuerdos españoles. Llevárame de buena gana horas y dias en cada uno de ellos, si el tiempo no me aguijara para consagrarlo á otros sitios y otras observaciones, y si la estacion no me intimara tambien apremiantes órdenes de retirada.

Salimos pues de la casa de ayuntamiento de *Aix-la-Chapelle*, y encaminámos nuestros pasos hácia otra parte.

Agujas y alfileres.

Aunque en várias de las ciudades de Alemania que habíamos visitado habia tambien fábricas de *agujas y alfileres*, en unas partes no se permitia la entrada á los extranjeros, en otras era necesaria una recomendacion particular, y si lográbamos ver alguna, era con tal rapidez y precipitacion, que no habíamos podido formar una idea de las múltiples y menudas operaciones de la fabricacion de este artefacto. En *Aix-la-Chapelle* tuvimos la fortuna de dar con un fabricante tan atento, amable y obsequioso, que á nuestra presentacion no solamente nos franqueó desde luego su establecimiento, sino que encargó á un hijo suyo (perfecto trasunto de su padre en la amabilidad) que nos acompañara en la visita, y nos hiciera una especial y detenida explicacion de todas las operaciones, y de cuanto sobre ellas dudáramos ó preguntarle quisiéramos.

Nunca acabaré de sentir bastante el que precisamentese me haya traspapelado el billete ó *adresse* que tuvo la bondad de darme el dueño de la fábrica con las señas de su nombre y las circunstancias de su establecimiento, y que mi memoria me sea tan infiel que no pueda acordarme de ello por mas que lo procuro ; y lo siento no por otra cosa sino por no poder darle *nominatim* un testimonio público de mi agradecimiento á su obsequiosidad. Pero súplalo la buena intencion.

Una fábrica de *agujas y alfileres* no es ciertamente un bello establecimiento : al contrario, tiene que ser por precision mas sucio que limpio, y mas feo que vistoso : el humo del vapor, el olorcillo del carbon de piedra, el serrin del acero, el aceite que entra por mucho en las operaciones, y muchas otras sustancias no nada limpias, le dan un aspecto en verdad bien poco poético y agradable : y los rostros de los operarios, con sus negros y prosaicos tizones, respiran el clasicismo artístico en toda su fuerza

y vigor. De 600 á 800 calculo yo los empleados que habria en la fábrica de *Aix-la-Chapelle*, la parte muchachos de ambos sexos de siete á catorce años, distribuidos en porcion de departamentos, porque el edificio es vastísimo.

Ya supondrá el lector la letanía de preguntas con que abrumaría mi buen Tirabeque al amable jóven nuestro acompañante : le importunaba, le molía, le hostigaba; él sin embargo contestaba á todo con una paciencia y una dulzura admirables ; mas como para hacer la explicacion tenia que emplear voces técnicas, quedábase el pobre Tirabeque en ayunas de la mayor parte, y acudía á mí en solicitud de esplanacion. « Por lo que yo observo, mi amo Fr. Gerundio (añadia), en esta fábrica hay muchos brazos de mas, pues veo una porcion de muchachos ocupados nada mas que en abrir ojos á las agujas, sin que hagan otra cosa, y tengo para mí que si á cada uno se le mandara hacer una aguja ó un alfiler completo (que por eso no se descrierian), con la mitad de la gente se podrian hacer al cabo del dia mas agujas que hará todo este regimiento de muchachos con el sistema que siguen. — No extrañes, Pelegrin (le dije), que me ria de tu simpleza : cabalmente el gran mérito de la fabricacion de este género de artefacto, está en la oportuna y bien combinada distribucion de los trabajos. Precisamente las fábricas de agujas y alfileres son las que se citan como el modelo admirable de los prodigiosos resultados del trabajo bien distribuido. — Así será, señor, pero yo confieso humildemente que la tal manera de hacer agujas excede á mis alcances. »

Voy á ver si acierto yo, Fr. Gerundio, á dar una idea de las muchísimas operaciones que lleva una aguja desde que empieza á elaborarse hasta que la vemos en estado de coser, para que vean mis muy caras y muy amadas hermanitas las señoras españolas, cuántas vueltas lleva ese pequeñito y menudo instrumento primero que se logra ponerle en disposicion de entregarle á ser manejado por su delicadísima mano (que tal quiero suponerla). No sé si tendré bien presentes todas las operaciones, y la explicacion que sobre ellas me dió mi jóven catedrático de *Aix-la-Chapelle*.

Suponed, hermanas mias, un trozo de acero de Inglaterra, de Hungría ó de Alemania. Este trozo de acero hay que dividirlo en barritas, lo cual se ejecuta por medio del fuego y del martinete. En seguida se redondea y estira con el martillo hasta hacerle filamentos del grueso conveniente. Estos filamentos ó alambres se adelgazan pasándolos por una plancha de metal agujereada, em-

pezando por los agujeros mas grandes, y continuando gradualmente hasta poner los hilos tan delgados como haya de ser la aguja que se quiere fabricar. Y adviértoos de paso, mis amadas hermanas, que esta es una operacion de tanto busilis, que en ella consiste principalmente el que vuestras armas sean de mejor ó de peor calidad, de bueno ó de mal temple. Y adviértoos tambien, por lo que os pueda convenir en la grave materia que nos ocupa, que segun me informó en confianza mi maestro de *Aix-la-Chapelle*, los fabricantes son los que han hecho cundir la voz de que para ser buena la aguja ha de cascar, ha de quebrarse *sin* doblarse. Doctrina es esta, hermanas mias, hija de un sistema maquiavélico de los fabricantes, cuya máxima es, « quiebrense agujas, y tendremos despacho. » Lo que conviene es engrasar el hilo de alambre cada vez que se pasa por el agujero de plancha; y la aguja saldrá del temple conveniente, ni blanda ni quebradiza. Pero esto pocas veces lo hacen, porque no conviene á sus intereses.

Luego que el acero está bastante delgado, se le corta en trozos iguales de la longitud suficiente para hacer dos agujas. Se aguzan los dos extremos de estos dos cabos de acero sobre una piedra arenisca, y se les hace dos puntas sobre una rueda de nogal rociada de polvos de esmeril diluidos en aceite. Esta es la operacion de *pulir*, y la rueda se llama *pulidor*: y en estas operaciones van ya empleados una porcion de operarios, cada uno en la suya; allí nadie hace mas que una cosa sola. En este estado se cortan por medio los hilos de acero con unas tijeras, resultando dos agujas de cada uno de ellos. Sigue la operacion de *palmar*. *Palmar* las agujas es ir tomando las agujas en porciones de cuatro ó cinco, colocarlas entre el índice y el pulgar de manera que figuren las de un abanico abierto, y aplastar sobre un yunque las extremidades donde se ha de hacer el ojo. Fácilmente se concibe que esta parte aplastada es la que se ha de agujerear. *Palmas* que sean, se reuecen al fuego para ablandarlas: se les deja despues enfriar un poco. Vosotras habréis observado, hermanas mias, que las cabezas de las agujas no son perfectamente chatas, sino que tienen dos pequeñas canalitas: pues bien, estos caneloncitos se hacen con un pequeño balanzin que hace jugar dos punzones á un tiempo, uno arriba y otro abajo, y que á semejanza de nuestros dientes cuando cogen en medio tal cual trozo de vianda un poco dura, le hacen dos incisiones á la vez. Vamos ahora á hacer el ojo. El *ojo* de la aguja se hace en tres tiempos. Un operario la coloca sobre una masa de plomo, y teniendo en la mano un punzon movido por el vapor da

el golpe por un lado, la vuelve, y la golpea por el otro; y otro oficial termina la operacion haciendo salir de otro golpe la particula de acero que aun no se habia desprendido de la aguja. La operacion de *agujerear* la hacen regularmente muchachos, pero con tal destreza, que son capaces de agujerear un cabello. El ojo está abierto, pero si quedara en tal estado, de seguro al tiempo de co-ser rozaria el hilo, le troncharia. Es necesario pues *desbarbarle*. Para esto hay otro instrumento y otros operarios: y en seguida *escotarla, hacerle el sombrero* que ellos dicen: esto lo suelen hacer las muchachas.

—¿Y la punta?—Aguarden Vds. que ántes es menester *templarlas*. Para *templar* las agujas se las coloca sobre un hierro plano, estrecho y un poco encorvado á los lados, se le coloca sobre un fogon sostenido con una tenaza, y cuando han adquirido el temple de calor conveniente, se las echa en un cubo ó herrada de agua fria. Operacion importante y delicada, como la otra de que ántes os hablé. De aquel temple y de este, pende su buena ó mala calidad. Si el temple es demasiado duro, se saltan; si es demasiado flojo, se doblan. En el punto está el *busilis*. Para eso la operacion del temple se rectifica con la del *recocimiento*. Para recocerlas se las extiende sobre una plancha de hierro colocada sobre un escalfador, donde se calientan á ojo prudente del operario, que luego las experimenta golpeándolas con un martillo para enderezarlas. En seguida se separan las malas de las buenas. Esta operacion de *separar* es una de las que mas tienen que ver, y donde se admira mas la agilidad, el tacto y la destreza de aquellos oficiales.

Nos falta pulirlas; pero no nos falta poco. He aquí cómo se practica la operacion de *pulir*. Se toman doce ó quince mil agujas; se las coloca en pequeños paquetitos sobre un pedazo de terliz nuevo espolvoreado con polvos de esmeril: se echa otra capa de esmeril rociado de aceite sobre las agujas; se enrolla la tela, se forma un saco que se ata por ambos extremos, se aprieta con cuerdas, y esta morcilla así enrollada, se lleva á la mesa de *pulir*, que suele ser rectangular, bastante sólida, y con sus abrazaderas correspondientes; y allí por medio del vapor se hace ir y venir, y frotarse y refrotarse las agujas, que por este medio reciben el primer pulimento. Se las saca de la bolsa, y se las echa en lejía de agua caliente y jabon, para que suelten las viscosidad formada por el aceite, el esmeril y las partículas de acero que se desprendieron con el frote; que es el pulimento segundo.

Vds. creerán acaso que hemos concluido. Pues no, hijas mias,

que ahora vamos á *aventarlas*. Al efecto, después de la *lejía* las envolvemos en salvado húmedo, las metemos en una caja cuadrada, que colgámos al aire, y con una llave ó manúbrio les vamos dando vueltas, meneándolas y oscilándolas hasta que se secan los salvados. Con las frotaciones del *pulidor* y con el roce del *aventador*, es muy fácil que algunas se hayan despuntado : para eso es la segunda operacion de *escoger*, para separar las malas de las buenas. Llegámos á la última maniobra, la de *afinar*. Un obrero toma entre los dedos una buena hilera de agujas, y acaba de apuntarlas en una rueda de esmeril que tiene en continuo movimiento con la otra mano. Ya no falta mas que clasificarlas, contarlas, é irlas empapelando en pequeños paquetes, cuya operacion, que parece sencilla, se divide en otras veinte operaciones subalternas, en que se ocupa una numerosa seccion de jóvenes adultas.

En casi todas las maniobras que acabo de describir, es necesario tener las agujas colocadas en hileras ordenadas, es decir, en una misma direccion, puntas con puntas y ojos con ojos ; y es tal la práctica y destreza que en esto tienen los operarios, que tomando del confuso monton un puñado de agujas en cada mano, las zaran-dean con tal agilidad y soltura, que en un punto imperceptible de tiempo se ve todas las puntas vueltas de un mismo lado.

Aquí tenéis, hermanas mias, en resúmen las operaciones que sufre ántes de llegar á vuestras manos ese pequeño instrumentillo que tan despreciable parece. Ochenta y tantos oficiales han cooperado á la elaboracion de esa arma diminuta para ponerla en el estado en que la veis. ¡Sastres ! costureras ! vosotros todos los que por oficio ó por diversion habéis siquiera una vez manejado una aguja : si acaso sois de los que creen que este mundo ha sido obra del acaso, y que no hay un Supremo Hacedor Omnipotente, venid acá y decidme : si para hacer una aguja se necesitan ochenta y tantos colaboradores auxiliados de una complicada maquinaria, ¡ en qué cabeza redonda cabe que no haya sido necesario un poder sobrenatural, una sabiduría infinita para hacer esta gran máquina que llamámos mundo !

De los departamentos de agujas pasámos á los de alfileres. De buena gana me detendria á describir las no ménos variadas y curiosas operaciones por que pasa cada alfiler, si no temiera hacerme molesto á mis lectores. Tirabeque andaba lelo : todo lo queria ver, de todo se queria informar, pero en nada acertaba á fijarse, y todo era para él algarabía y confusion. Pero él me decia no obstante :

— «Señor, aunque yo ahora me encuentro un poco confuso, conozco que esto está muy sabiamente arreglado : así como esta fábrica de agujas y alfileres quisiera yo que estuvieran allá las oficinas, y no que no comprendo yo cómo pueden estar allí distribuidos los trabajos que un expediente de nonada tarda siglos en despacharse, y muchas veces no se sabe á quién pertenece.»

Me reí de su comparacion, y pregunté al dueño si me haria el gusto de venderme algunos paquetitos de diferentes clases : á que me contestó con su natural amabilidad que podia llevar cuantos gustara. Hicémoslo así los dos, adquiriendo bastante porcion de ellos por una muy módica cantidad, y admirándonos sobre todo el gusto y la elegancia de las cubiertas, que figuraban, ya libritos de memoria, ya pequeñas carteritas y tarjeteros, y ya otros mil caprichos propios para satisfacer el de cada comprador.

Concluiré refiriendo una circunstancia digna de atencion. Habia yo elegido, entre otros, dos paquetes cuyas carpetas me habian gustado. Los vió el fabricante y me dijo:— «¡Oh! perdonad, yo no puedo permitir que llevéis estos paquetes : las agujas que encierran son las de peor calidad : ¿no habéis reparado que el sello y el lema de la cubierta están en inglés? — Verdaderamente (le dije), no habia notado esta circunstancia. — Por eso os la hago yo notar : voy á usar con vos una confianza, porque me habéis parecido ingenuo. Á las agujas de peor calidad les ponemos cubiertas inglesas, las hacemos exportar como inglesas al extranjero, y — Vamos, así desacreditan Vds. las fábricas inglesas, ¿no es eso? — Y bien, vos lo habéis acertado : yo he creído deberos hacer esta confianza. — Y yo os la agradezco muy de veras.»

Admiré su franqueza, me despedí de él dándole las debidas gracias por su obsequiosidad, y salí muy complacido, pero sin echar en saco roto el *busilis* de las cubiertas inglesas.

Vámonos.

Dispusimos partir al siguiente dia de la antigua capital del imperio de Carlo-Magno. Bien sentiamos que no estuviera todavía corriente el camino de hierro que ha de poner en comunicacion á *Aix-la-Chapelle* con *LIEJA*, pero en su defecto tomámos plazas en la diligencia de *Van Gend y compañía*, que sale tres veces diariamente de uno á otro punto. Nosotros aprovechámos la de la ma-

drugada. Esta diligencia tiene una particularidad que no habia visto en otra alguna : todas las plazas son iguales : todas cuestan siete francos, setenta céntimos.

Á las ocho de la mañana ya habíamos dado vista á las dos aduanas, prusiana y belga, la primera con su gallardete blanco y negro, la segunda con sus fajas encarnadas, amarillas y azules ; que son los respectivos colores nacionales de cada reino. Ya estamos otra vez en Bélgica ; cesó la algarabía holandesa y alemana ; con esta gente ya nos entendemos ; ya parece que estamos en nuestra tierra.

Tomamos en LIEJA el camino de hierro, pasamos por LOVAINA, MALINAS y GANTE, torcemos á COURTRAY, nos despedimos de los caminos de hierro, saludamos la plaza de MENIN, entramos en el Norte de Francia, sufrimos el escrupuloso registro de su primera aduana, y descansamos un par de dias en LILA.

¡Otra vez Francia!

Á la manera que un rico venero de precioso metal escondido en las entrañas de la tierra, se anuncia siempre á mas ó ménos distancia por señales y vetas metalúrgicas que van indicando al especulador la direccion que debe dar á sus trabajos para topar con el filon, objeto de sus ansias y desvelos ; así el carácter, genio y fisonomía de cada nacion ó país empieza á traslucirse, se deja anticipadamente á mas ó ménos distancia de sus límites y fronteras por ciertas avanzadas, que como los efluvios y emanaciones que se desprenden de las sustancias odoríferas, anuncian lo que aproximándose un poco se va á encontrar.

¿Desde dónde os parece, lectores míos muy amados, que empezamos á sentir nosotros la aproximacion á la especuladora Francia, que empezamos á experimentar las estudiadas zalamerías de los franceses ? Desde Gante nada ménos, á distancia de algunas paradas de diligencia, y de algunas estaciones de convoy de vapor. Allí llegan las avanzadas de los empresarios de las diligencias francesas : allí, hasta en el corazon de la Bélgica, penetran los comisionados (*commis*) de las empresas en busca de viajeros : allí, no bien habíamos descendido del carruaje, se nos presentó uno que venia nada ménos que de Lille, preguntándonos : — « Señores, (precedido por supuesto el infalible « *pardon* ») ¿por casualidad pensáis dirigiros á Francia ? — Ciertamente, le respondí yo. — En ese caso, señores, tengo el honor de ofreceros

mis servicios, por si gustáis aceptarlos. Yo os proporcionaré buen carruaje hasta Lille, y aun hasta Paris; os llevaré á los mejores hoteles; saldréis sin deteneros, si gustáis, ó descansaréis lo que tengáis por conveniente, para lo cual os informaré de las diferentes horas de salida de las diligencias de la empresa de que soy comisionado: cuidaré desde este momento de vuestros bagajes; tomáos la molestia de decirme las letras con que van marcados, y descuidad en mi celo; os haré cuantos mandados se os ofrezcan: si necesitáis de mí, tomáos la pena de darme una voz, acudiré solícito: mi nombre aquí le tenéis, tomad mi *adresse*: ¿en qué puedo serviros ahora? — En nada, respondió Tirabeque, sino en que no seáis tan lagotero, porque me apesta tanta zalamería: para ofrecer á un hombre sus servicios ¿es necesario tanto arrumaco?

No pude ménos de admirar de nuevo yo, Fr. Gerundio, hasta dónde llevan los especuladores franceses su ingenio mercantil. Ya no son los viajeros los que tienen que molestarse en buscar los medios de traslacion; son ellos los que salen á buscar los viajeros hasta el corazon de un reino extraño, los que se anticipan á guiar al extranjero por un país que no conoce, los que se adelantan á ofrecerle sus servicios, los que les previenen sus gustos y necesidades. He aquí, me decía yo, otra vez la Francia. ¿Cuándo harían esto los españoles? Y me respondí á mí mismo con *Mr. Molé*: «jamas.»

Lila (en frances Lille).

La jornada de aquel dia habia sido larga, y nuestras humanidades necesitaban bien de descanso. Con este motivo el coloquio nocturno con Tirabeque en la capital del departamento del Norte de Francia tuvo que ser breve. Su sueño no me dió mas lugar que para enterarle de que LILA habia estado tambien bajo la dominacion española en el siglo XVI, siendo una de las plazas que despues nos conquistó Luis XIV, y que quedó suya por los tratados de *Utrecht* y de *Aix-la-Chapelle*. Cuando le dije que en 1815 se habia detenido en ella Luis XVIII un dia entero ántes de dejar la Francia, ya Tirabeque me avisó con un ronquido haber dado *satis* á la lección de historia.

Al dia siguiente salimos temprano á recorrer aquella ciudad de 70,000 habitantes, y una de las mas fortificadas que tienen los franceses, y aun la Europa. — «¿Á que no sabes, Pelegrin, (le dije), qué es lo primero que vamos á visitar en LILA? — No lo sé, señor. — Discurre tú á ver si te acuerdas qué español célebre

ha estado en esta ciudad en esta última época. — Español, célebre, mi amo..... no sé de ninguno. — ¡ Desmemoriado que tú eres! ¿ Dónde confinaron los franceses á *Cabrera* luego que se refugió á Francia? — Es verdad, mi amo: ¡ majadero de mí! ¿ Pero está aquí todavía, señor? — No, hombre; ¿ no sabes que ahora está en la isla de Hieres, donde le trasladaron porque en este país se le resentía la salud al pobrecito? »

Previne pues á nuestro *commissionnaire* que nos dirigiera ántes que todo á la ciudadela. Á la exhibicion de nuestros pasaportes extranjeros, nos fué permitida fácilmente la entrada. Hallábase cuajada de tropas, restos del ejército de observacion que el gobierno frances habia hecho aproximar á las fronteras de Bélgica con motivo de aquel amago de conspiracion orangista que en Brusélas se habia descubierto. Recorrimos á nuestro sabor la ciudadela, obra maestra del famoso *Vauban*, cuya principal defensa consiste en las aguas que llevan sus dos hileras de fosos, y que en su forma se semeja mucho á las de Pamplona, Ambéres, y casi todas las ciudadelas de alguna consideracion. Preguntámos al guia por la morada que habia sido de *Cabrera*: él no la sabía, pero un oficial á quien se dirigió se prestó amablemente á enseñárnosla: la ocupaba á la sazón un coronel. En el pequeño rato que permanecemos en ella, notábase en la fisonomía de Tirabeque no sé qué impresion que le producian sin duda los recuerdos del inquilino. « Señor, me decia, paréceme que despide esto todavía un tufillo á tigre que no me hace buen estómago: no sé cómo este señor coronel tiene valor para vivir aquí. »

Hablámos los oficiales y mi paternidad un rato sobre el carácter feroz del héroe de las falanges carlistas; celebrámos no poco la sensacion que sus recuerdos le hacian á Tirabeque, y salimos de la ciudadela. Despues nos enseñó el guia el *café de Lyon* donde acostumbraba á ir *Cabrera*, haciendo sus escapadas la mayor parte de las tardes, en virtud de la estrechez con que los franceses le tenian aprisionado, y de la rigurosa vigilancia que sobre el monstruo tortosino ejercia su policia, dejándole salir donde y cuando le acomodaba.

Cruzámos los bellos paseos de las afueras de LILA; pasámos por el elegante puente construido por Napoleon; recorrimos sus bellas, rectas, largas y bien construidas calles (excepto la infinidad de callejones sin salida, de que mas que otra alguna abunda aquella ciudad); visitámos sus templos; algunos de sus muchos establecimientos científicos, de beneficencia, ó de puro recreo; su

palacio de justicia, de nueva construcción, elegante arquitectura y lujosos pavimentos; su teatro, cuya fachada principal se estaba levantando con ostentación; su museo de cuadros de la escuela flamenca, en que por no dejar de hallar en todas partes á *Rubens*, nos encontramos con un *San Francisco* y un *San Buenaventura* suyos; sus puertas, ricas de esculturas, algunas de ellas imponentes y magníficas, como la de París; su almacén de granos, con 400 ventanas; su hospital general, de bellas é inmensas dimensiones; su biblioteca de 24,000 volúmenes; y no me acuerdo que otros monumentos, que los tiene muchos y muy notables aquella capital del décimosexto distrito militar de Francia.

LILA se puede llamar también la ciudad de los molinos de viento: no por docenas, por centenares se cuentan en sus afueras estas máquinas importadas del Asia, y de cuyo mecanismo tanto se ocupó *Daniel Bernoulli*.

CAMBRAY.

Continuamos nuestra ruta, y á las ocho de la noche llegamos á CAMBRAY, ciudad de 18,000 habitantes y 5,000 pobres, también fortificada y con ciudadela. Aquí nos concedió el conductor ocho minutos de descanso para tomar un té. « Diga Vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque, ¿no se ha hecho también alguna paz en CAMBRAY? — En efecto que se hizo, Pelegrin. En 1529 se celebró aquí un *tratado de paz* entre Carlos V y Francisco I. — Ya decía yo: ¡sobre que llevo la cabeza llena de paces! ¿Y no fué esto también de los españoles en otros tiempos? — Y mucho que lo fué: nada ménos que por cerca de un siglo. — ¡Ay! mi amo, mi amo! ¡Lo que va de ayer á hoy! Ayer todas las tierras que hemos corrido eran nuestras, y hoy somos en ellas tan extranjeros como los chinos: ayer éramos los amos, y hoy no nos entienden el habla. Muchacha, abrevia con ese té, que se pasan los ocho minutos. »

Ni la hora ni la premura del tiempo me permitieron ver el monumento erigido por David en honor del famoso *Arzobispo de Cambray*, el inmortal FENELON.

« Al carruaje, señores, gritó el conductor, que se han pasado los ocho minutos. » Pero no puedo ménos de referir lo que en

CAMBRAY nos pasó con los pasaportes, en prueba de lo bien montado que los franceses tienen este ramo de policía.

Como unas tres leguas ántes de CAMBRAY nos fueron pedidos los pasaportes á todos los viajeros. Los entregámos sin salir del carruaje : vimos que un empleado entraba con ellos en una oficina : el carruaje continuó sin detenerse, y los pasaportes quedaban allí. ¿ Cuándo y cómo nos son devueltos nuestros pasaportes? Con no poco recelo veníamos en verdad, y no sin fundamento, porque el carruaje no se detenía, y no veíamos el medio de poder recuperarlos, mucho mas cuando se nos anunció ser tan corta la detencion en CAMBRAY. Pues bien, al montar en la diligencia en esta ciudad, he aquí un empleado que se aparece diciendo : « *voilà, Messieurs, vos passeports.* » Ya estaban refrendados. Aquel empleado del gobierno habia ido en posta á alcanzar á los viajeros. El conductor sabía que á los ocho minutos estaria allí infaliblemente. Entretanto se relevaba el tiro, y los viajeros tomaban su refaccion. ¡ Admirable exactitud en el servicio público, é ingeniosa combinacion para no irrogar la mas pequeña extorsion ni causar el mas mínimo detenimiento á los viajeros !

SAN QUINTIN.

Las tres de la mañana eran cuando se estaba haciendo el relevo de caballos en SAN QUINTIN. Pocas impresiones de sorpresa habré recibido en mi vida mas agradables que la que me causó el oír el *carillon* del elevadísimo campanario de la antigua catedral de SAN QUINTIN, tocar, para dar las tres, con toda la perfeccion que pudiera hacerlo la mas armoniosa orquesta el himno de los *Puritanos* :

Soune la tromba intrépida.

La noche estaba clara y serena ; el silencio no podia ser mayor ; la sensacion que causaba era indefinible : el placer de un género extraño y enteramente nuevo.

— Señor, me decia Tirabeque ; San Quintin, San Quintin . . . aquí seria *la de San Quintin*. — En efecto fué aquí, Tirabeque ; y no creas que tengo poca satisfaccion en hallarme en esta célebre ciudad ; lo que siento es no poder detenerme en ella. — Y

diga Vd., mi amo : ¿qué fué esa de *San Quintin*, que siempre estoy oyendo : *hubo la de San Quintin, habrá la de San Quintin?* qué diablos fué esa *de San Quintin*, que tanta memoria ha dejado? — Voy á explicarte lo que fué *la de San Quintin*.

Hasta las cercanías de SAN QUINTIN se extendia la dominacion española en tiempo de Felipe II. Los franceses habian quebrantado una de esas paces de que tú llevas la cabeza llena, y deseoso el monarca español de vengar esta injuria y esta falta de fe al tratado, entregó un poderoso ejército á Philiberto de Saboya, que sucedió á doña María en el gobierno de Flándes, para que se acreditase con algun hecho famoso que impusiera á los franceses. Determinó pues el nuevo general en jefe hacer una hombrada. SAN QUINTIN era entónces la plaza fronteriza que tenian mejor guarnecida y con mas cuidado vigilada los franceses, y por lo mismo se empeña Philiberto en tomar á SAN QUINTIN, y la pone sitio, y la estrecha mas y mas. Esto era en 1557.

Sostenia el almirante Coligny las esperanzas de la guarnicion. Montmorency, que le habia ofrecido socorros, puso en movimiento un ejército de 23,000 hombres, y mandó colocar la artillería en una altura, y que tirase continuamente y sin cesar contra el enemigo. Audelot, hermano de Coligny, trató de introducir socorros con barcas por la laguna, pero sobre no haberlo podido lograr salió herido y tuvo que refugiarse á la ciudad con muy pocos. Entónces el saboyano, jefe del ejército español, se determinó á dar una batalla decisiva. Y entónces fué, Tirabeque, cuando hubo *la de San Quintin*. La caballería española embistió con tal ímpetu y tal pujanza, que desordenados los escuadrones y los coraceros franceses, dieron en su misma infantería, causando en ella un horrible estrago. Los escuadrones españoles la perseguian por todas partes victoriosos, y no se veia por los campos de *San Quintin* sino franceses muertos, heridos ó fugitivos, que formaban el mas triste y doloroso cuadro que se puede imaginar. — Alegre y divertido dirá Vd., señor, no que doloroso y triste : que la paguen, que bien lo..... — Calla esa boca, hombre; ¿no ves que estamos entre ellos?

Diez mil franceses aseguran los historiadores que murieron, entre ellos sus principales jefes, el vizconde de Turena, el vizconde de Montmorency, el hijo del conde de Pompignan, Claudio de la Rechechovard, Juan, duque de Enghien, hermano del príncipe de Condé, y otros muchos. Quedaron prisioneros el condestable Montmorency, general del ejército, su hijo Mompén-

sier, Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andrés, Rochemen, y el ringrave coronel de los alemanes. Se asegura, Pelegrin, que fueron hechos prisioneros 2,000 nobles y 4,000 soldados; y que se tomaron 20 cañones, 90 banderas y 300 carros de municiones y bagajes. Mira si fué memorable *la de San Quintin*. Los nombres de los que se encontraron en esta batalla son célebres y lo serán siempre en la historia, los unos por la derrota y los otros por el triunfo. Y lo mas gracioso fué, Pelegrin, que esta victoria costó muy poco á los españoles.

Tan gozoso fué este dia para nuestros compatriotas, que el rey Felipe II, en conmemoracion perpétua de él edificó el Escorial, dándole la advocacion de San Lorenzo, en memoria acaso de haber sido el dia de San Lorenzo cuando Montmorency puso en movimiento sus tropas, y en su virtud se decidió el general español á dar *la batalla de San Quintin*.

Señor, confieso que no tenia noticia de nada de cuanto Vd. me acaba de referir, y que me ha dado Vd. un buen rato; que aunque con agua pasada no muele molino, bueno es que á los españoles nos haya quedado que contar. Ahora ya miraré yo el Escorial con mas aficion que ántes : y éuando oiga decir : « *habrá la de San Quintin*, » preguntaré al que lo diga : « ¿ á que no sabe Vd. cuál fué *la de San Quintin*? » Regularmente no lo sabrá, y entónces le diré yo : « pues amigo á correr tierras como yo, que viajando se aprende. »

Aun tenia Tirabeque la palabra en la boca cuando le interrumpió el ruido del carruaje, que echó á rodar por aquel maldito arrecife de piedra que hay de *Lila* á *PARIS*, que así da magullamiento al cuerpo como atronamiento á los oídos.

Dejámos pues á *SAN QUINTIN*, célebre en el dia por sus muchas y excelentes fábricas de batistas, blondas, encajes y otros tejidos : y continuando nuestra marcha, pasámos por *Compiègne*, de inolvidables recuerdos para mí (1); y al dia y medio de haber salido de *LILA*, y con el quebranto consiguiente á una marcha de 58 leguas sin descansar, dieron fondo nuestras dos humanidades reverendas al anochecer en la infernal y celestial *PARIS*.

(1) Tomo 1º pág. 479 y siguientes.

De Paris á Bayona.

Otro medio volúmen sería necesario si hubiera de trasladar al papel las nuevas observaciones que tuvimos ocasion de hacer en los dias que por via de descanso permanecemos en esa ciudad-mundo que llaman PARIS. Porque estar en PARIS y no ver cada dia cosas nuevas, envuelve algo de contradiccion y es una semi-imposibilidad. Refrendámos pues nuestros pasaportes para España, y habilitados de nuestros respectivos billetes de diligencia, porque de la *malle-poste* no nos fué posible adquirirlos, nos empaquetámos á las siete de la noche en una de las de *Lafitte-Cailard*, y tomando otro camino del que á la ida habíamos llevado, pasámos por *Versailles*, *Chartres*, *Vendôme*, etc., y al cabo de dos dias y tres noches de andar despacio y comer de prisa, de dormir poco y no descansar nada (que al mas paciente le recomiendo las tres noches y los dos dias que se pasan viniendo en diligencia de Paris á Burdeos), llegámos asendereados y sin hueso que bien nos quisiera á la capital de la Gironda.

Allí se vengaron nuestros cuerpos y nuestras lenguas; aquellos entregándose al quietismo y al reposo, estas ejercitándose con los amigos, que no sé de cuál de las dos cosas recibimos mas placer, si de dar descanso al cuerpo, ó de dar ensanche al espíritu, á aquel en desquite de sus largas fatigas, á este en recompensa de su prolongada privacion de hablar y departir con amigos y compatriotas.

Satisfechas en la parte posible estas las necesidades, salimos para Bayona. ¡Qué silenciosa y qué yerna parece la ciudad de Burdeos! ¡Y qué desaliñado y qué pobre se encuentra el medio-día de la Francia, aquella cuando se acaba de dejar á Paris, y este cuando se viene de los países del norte! ¡

Hecho otro pequeño descanso en Bayona, nos disponemos á hacer nuestra entrada en España.

Por un lado sí, por otro no.

Notable y singular es la lucha de encontrados afectos, y de opuestos sentimientos y deseos que experimenta un español al resolverse á regresar á su patria; lucha que se aviva tanto mas cuan-

to se acerca el momento de verificarlo. Se entiende, cuando no es un español desnaturalizado; cuando es un español en quien el *amor patrie* se ha conservado puro y no ha sufrido menoscabo y desperfecto, y vuelve tan español como habia salido; cuando *hispani ibant et revertabantur*, como nos sucedia á Pelegrin y á mí.

Por una parte se siente dejar unos países que las circunstancias de los últimos tiempos han favorecido mas que al país propio; unos pueblos que respiran prosperidad y abundancia; que ofrecen regalo y comodidades al cuerpo, deleites y placeres al espíritu, pasatiempos á escoger al desocupado, y cosechas de provechosas lecciones al estudioso. Por otra parte se ansía volver á pisar un suelo favorecido por la naturaleza, recibir las influencias de un cielo alegre y privilegiado, respirar el aire español, beber las aguas puras de la tierra natal que en vano se buscaron con avidez desde que se puso la planta en suelo extranjero. Por una parte se siente salir de unos países donde se goza de una paz envidiable, donde se tiene una seguridad individual completa; para entrar en otro país agitado de discordias políticas, y donde el individuo y sus intereses no están seguros de ser atacados en los caminos, en las poblaciones y en las mismas casas. Por otra parte se anhela dejar unos pueblos donde el egoísmo tiene sentado su trono, donde el interes es el móvil único universal de todas las acciones, donde no se conoce la franqueza, donde todo es simulacion, todo exterioridad, todo mentira; para entrar en el país de la franqueza y de la hidalguía, en el país del corazon y de los sentimientos sublimes, en el país donde se ama por inclinacion, donde se ofrece con desinteres, donde el ofendido sale al encuentro al ofensor y le manifiesta su resentimiento cara á cara.

Pero en esta lucha de encontrados afectos, experimenta el español una fuerza interior irresistible que le arrastra hácia su amada España, que le hace quererla con todos sus defectos, suspirar por ella, no ver llegado el momento de pisar tierra española; no se aparta de su imaginacion el puente de Behovia, y apenas dará un paso sin decir: « ¡cuándo me veré yo del otro lado del puente! » Y cuenta las jornadas que le faltan, y cuenta tambien las leguas y las horas que van pasando, y dice para sí, como yo Fr. Gerundio decia: — « Si yo que salí de mi patria temporal y espontáneamente, si yo que acabo de hacer un viaje de pura instruccion y recreo, con tal cual comodidad y sin sufrir privaciones, con la libertad de volver á mi patria cuando mi independiente voluntad lo determine, siento esta impaciencia, esta

ansiedad, este deseo vehemente, este aguijante anhelo de verme restituido á mi patria, ¡qué no sufrirá el infeliz expatriado á quien sus delitos, ó sus errores, ó su desgracia, ó quizá tambien sus virtudes, tienen cerradas las puertas de la patria, ó indefinidamente ó para siempre, y se ve reducido á alimentarse del negro y amargo pan que acaso la compasion extraña le proporciona! » Y dábanme lástima, y conmiseracion y grima. Y no obstante añadía yo : — « En el estado de agitacion, de intolerancia y de recrudescencia á que han llegado en España las pasiones políticas, ¿será extraño que algun día me toque venir á aumentar el número de los desgraciados que ahora compadezco ? ¡ Ah ! ¿ qué español puede decir en esta época : yo no me veré precisado á emigrar ? »

Para desechar estas tristes ideas, le dije á mi Tirabeque : « Parece, Pelegrin, que te alegras de volver á España. — Señor, me respondió, por un lado sí, por otro no. — ¡Hola ! ¿y se puede saber por qué lado te alegras, y por qué lado lo sientes ? — Señor, por un lado siento que se acabe esta vida que traíamos, que de puro buena, algunos ratos me parecia mala : por otro lado estoy deseando perder de vista estos arrastrados de extranjeros que no cobran ley á la camisa que traen puesta, y tengo ya unas ganas de entenderme con los míos, que desde luego ofrezco un abrazo al primer mayoral español que se nos depare. — Y yó ofrezco tambien hacer una pequeña demostracion á los soldados que se hallen de guardia en el puente de Behovia para que echen un *piscolabis* en honra y gloria de nuestra vuelta á España. »

La entrada.

Inexplicable fué la alegría de Tirabeque al dejar la última diligencia francesa y entrar en la primera española. Tendió los brazos en toda su longitud, y en seguida estrechando en ellos al mayoral, le decía : — « Feo eres, así Dios me salve (y era así la verdad), pero se conoce que eres español legítimo, y te abrazo con toda mi alma y todo mi cuerpo con mas gusto que si fueras una Vénus del Olimpo; y si como tienes esas barbas de á pulgada, estuvieras afeitado, te habia de dar un beso mas apretado que el que di á las reliquias de Santa Úrsula y las once mil vírgenes. »

Es de una naturaleza particular é indefinible la sensacion de gozo que experimenta el español, cuando despues de la silencio-

sa y triste monotonía de los conductores franceses, vuelve á oír por primera vez la alegre vocinglería de los mayores y zagales españoles, los gritos de : — « *Valerosa, pulida, coronela : ¡ ay ! si voy allá ! por vida de Jesus me valga esa panadera ! la corza ! la corza ! déjala, no la mates : rrrrá....* » Y aunque á los ocho pasos tenga que detenerse el carruaje porque se rompió una cuerda y se enredaron otras (cosa que no se ha visto en 800 leguas andadas por el extranjero), esto mismo hace gracia, y se convierte en sabrosa salsa y alegre risa.

Al repasar el Bidasoa, el corazon se ensancha naturalmente, y naturalmente no puede ménos de exclamarse : « Gracias á Dios que estamos en nuestra tierra. » Hice llamar al sargento de guardia, cumplí mi promesa hecha á los soldados, de lo cual ellos no se manifestaron pesarosos ; y dando tumbos el carruaje, señal de haber entrado en calzada española, llegamos á Irun, donde los dos viajeros empezamos á recibir obsequios y demostraciones de afecto de parte de la oficialidad de la guarnicion, y de los empleados de la aduana, del correo y demas, complaciéndome de pagar ahora este pequeño tributo de gratitud á aquellos hermanos, ya que otra ocasion no he tenido ántes de poderlo hacer.

David, judío y cojo.

No puedo dispensarme de hacer particular mencion de algunas circunstancias de la jornada de aquel dia. Desde Bayona veníamos en compañía de varios españoles, todos de buen humor, y todos piés útiles y dispuestos para la broma y el *gaudeámus*, tan necesarios para neutralizar las molestias de un camino. Pero entre todos descollaba por la jovialidad de su genio, por su bullidosidad y viveza, y por la oportunidad de sus chistes el célebre judío *David Séches* comerciante y morador del barrio de *Sancti-Spiritus* de Bayona (1), hombre de mediana edad, buen *coram-vóbis*, pero mas cojo que Tirabeque, testigo la muleta *sine qua non*.

(1) Por eso dije en nota á la página décima del tomo 1º que parecia estar yo destinado á viajar con nombres del Antiguo Testamento. Empecé en el camino de Búrgos con el niño *Moisés* (aunque cristiano de la nueva ley). En Holanda caminé con un *Samuel* : en Alemania viajé con un *Josué*, y en Bayona se me agregó un *David* : amen de otros de que no he hecho explícita mencion.

He dicho « el célebre judío, » porque *David Séches* es realmente conocido y célebre por su buen humor, no solo en Bayona, sino tambien en las provincias vascongadas, á las cuales hace frecuentes viajes, en las que tiene largas relaciones mercantiles, y cuyo trato y comunicacion le ha puesto al corriente y en aptitud de producirse y explicarse con todo desembarazo no solo en español, sí que tambien en vascuence. Así pues el bueno de *David* tan pronto nos entonaba con su voz de sochantre una cancion española, como una zarzuela ó vaudeville frances, como un zorcico vasco : y pasando del « *allons, enfans de la patrie* » de la Marselesa, al « *serenos, alegres, valientes y osados* » del himno de Riego, y de este al « *tamborilúa, trám pam trám, chilibituchúa, chilibituva* » de Vizcaya, alborotaba los pueblos del tránsito, atraía los chiquillos al rededor del carruaje, y á nosotros nos llevaba siempre entretenidos y alegres.

De las canciones pasaba á los cuentos, chascarrillos y acertijos, de que era un depósito inagotable, pudiéndoselas apostar al mismo autor de la *Floresta española*, si bien algunos no harian el mejor juego en una Floresta por lo subido del color.

En los pocos ratos de intervalo que ni cantaba ni contaba, se batian y escopeteaban Tirabeque y él en toda regla, versando comunmente sus polémicas y razonamientos sobre las cualidades de judío y de cojo, comun de los dos la una, é individual la otra, y ofrecíanseles á uno y otro chistes y ocurrencias que nos hacian reir mas de lo que ya buenamente nuestros cuerpos sufrían. Por la noche, cenando en Tolosa, discurrió Tirabeque una estratagemma ó tranquila para ver cómo arrancaba á David, aunque fuese momentáneamente, una confesion de fe en Cristo : y tomando en la mano un vaso de *sagardúa* ó vino de manzanas, se levantó, y haciendo levantar tambien al judío, le dijo en alta voz : « Señor David, ¿ juráis por Dios y por nuestro Señor Jesucristo que este vino no es de cepas ? » Pero el muy ladino de David contestó á renglon seguido y sin vacilar : « Señor Tirabeque, juro por Dios y por vuestro Señor Jesucristo que no lo es. »

Pelegrin se quedó mustio con la respuesta, diciéndome por lo bajo : « Señor, me venció el maldito judío : » lo que en su boca tenia tanta fuerza como el « *viciste, galilée* » del emperador é impio Juliano. Celebraron todos la oportuna respuesta de David sin envidiarle la creencia : y el resultado fué que el tal David, nos dió la jornada mas divertida que en mi vida viandante he tenido : él

se quedó en Tolosa, y nosotros proseguimos al día siguiente nuestra marcha.

Dulzura castellana.

Siendo como son las provincianas tan amables y tan dulces en su trato, se puede decir que hasta Búrgos no experimentó Tirabeque, ó por mejor decir, no renovó la memoria de la dulzura y amabilidad de las castellanas. Acostumbrado en los hoteles extranjeros á las blandas respuestas que por contestacion á sus requiebros le daban siempre por mal recibidos que fuesen, tentó á hacer lo mismo en el parador de Búrgos; y viendo á una morena y robusta doncella que la cena nos servía: « Muchacha, (le dijo), tienes unos ojos españoles que valen un mundo. — ¡Mire Vd. con qué me viene el demonio del hombre! (le contestó ella.) Los tengo como Dios me los ha dado: y sobre todo, á Vd. no le importan nada mis ojos, que para Vd. no son. — Hija mia, replicó Pelegrin, bendita sea tu amabilidad. »

Pero aun no escarmentó con esta primer tentativa. Habiéndonos servido el primer plato, le probó Pelegrin, y hallándole un tanto soso, le dijo á la doncella: « Francisca, la sal que á ti te sobra le falta á esta ensalada. — Pues si le falta (le respondió), ahí está el salero; y si no lo que no gusta se deja. Ahí tiene Vd. tambien ensalada de cardo, que puede que esté mejor. — ¿Qué mas cardo que tú, áspera hija del Cid, si cada respuesta tuya semeja, no digo una espina de cardo, sino una pua de erizo ó de puercoespín? ¿Me podrá Vd. decir qué tierra es esta, mi amo? — Tú te has olvidado, Tirabeque (le dije), del carácter de nuestras paisanas: tan áspera y esquiva como ves que te se ha presentado á primera vista esta muchacha, témome que habéis de concluir por haceros mas amigos de lo que sea menester. »

Y así fué que tan luego como se penetró de que era Tirabeque el que la requebraba, se desvivía por servirle, y concluyó rogándole de todo corazón que descansara algun día en Búrgos, á lo cual le conocia yo á él un tanto inclinado. — « Señor, me decia, estoy convencido de que no hay en el mundo criaturas mas entrañables y de mejor corazón que estas castellanas. — ¿No te lo dije? Vamos, vamos á dormir un rato, que la diligencia sale á las tres de la mañana. »

En su lugar, descanso.

Nada de particular ocurrió de Búrgos á Madrid sino la continuada comparacion que la pobreza de aquellos pueblos, la desnudez de aquellos habitantes, y el desaliño de aquellas posadas nos daban ocasion de hacer con los pueblos, trajes y fondas de allende, y las reflexiones y meditaciones que sugeria el contraste que con ellos formaban, las cuales convendrá pasar en silencio para bien de nuestras conciencias y tranquilidad de nuestros espíritus.

Llegámos pues á Madrid sanos y salvos á los cuatro meses y medio de nuestra salida : entrámos en nuestra celda, hicimos venir unos cuantos periódicos para informarnos del estado en que á nuestro regreso se hallaba la España, y la encontramos..... para consuelo nuestro, unos cuantos grados mas descuadernada y mas desvenejada que la habíamos dejado.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS

QUE CONTIENE ESTE VOLÚMEN.

	Páginas.		Páginas.
Prólogo.....	v	Momias.....	48
PARTE PRIMERA.		Guía del extranjero en España.....	51
La salida de Madrid.....	1	Los Templarios.....	55
Modelo de Administracion.....	2	Clérigos franceses.....	id.
Somosierra.....	3	Sermon protestante.....	57
Y prosigue su camino.....	4	Visperas Católicas.....	59
Entrada y salida de Búrgos... ..	5	Si quieres silla, daca la mone- dilla.....	60
Vamos andando.....	10	El castillo de Montesquieu... ..	61
Entre dos peñas feroces.....	11	Aventuras de un día de ausencia.....	65
San Isidro y un comisario de guerra.....	12	La fiesta de los peluqueros... ..	67
Bien sería, pero no es necesari- o.....	13	Las Montañas rusas.....	68
Provincias vascongadas.....	14	El Cementerio.....	69
Artículo aparte.....	16	El Hospicio.....	71
Peró adelante.....	17	Los Teatros.....	72
FRANCIA. — El paso del Bida- soa.....	21	La plaza de toros.....	74
Conocimiento y reconocimiento.....	22	Primer camino de hierro... ..	82
La mano del gobierno.....	24	El Infante D. Francisco de Es- paña.....	85
¿Y Tirabeque?.....	25	Otra excursion en vapor.....	88
BAYONA. — Cosas generales... ..	27	El puente de Cubzac.....	91
Cosas particulares.....	28	Telégrafos.....	94
La misa.....	29	Agua, vino, cerveza, helados, y otras cosas potables.....	99
Cositas várias.....	30	La Raquel, y el gracioso de brocha gorda.....	101
Pasaportes.....	31	La muerte del viajero.....	104
La Malle-poste.....	31	Antes de salir.....	106
Las Landas.....	33	Angulema... ..	107
El que no habló.....	36	Poitiers.....	110
Idea general.....	37	Santa Cruz de Mudela.....	Id.
Jean y Jeannette ó Juan y Jua- nita.....	38	El jardin de la Francia.....	111
La mesa redonda.....	39	Aun prosigue.....	113
Carruajes de ciudad.....	43	Orléans.....	114
Omnibus.....	44	Las cercanías de Paris.....	115
El Paseo de Tourny.....	46	PARIS. — Primera dificultad... ..	116
		Primeras impresiones.....	118
		Primera y segunda diligencia.....	119
		Palais Royal.....	123

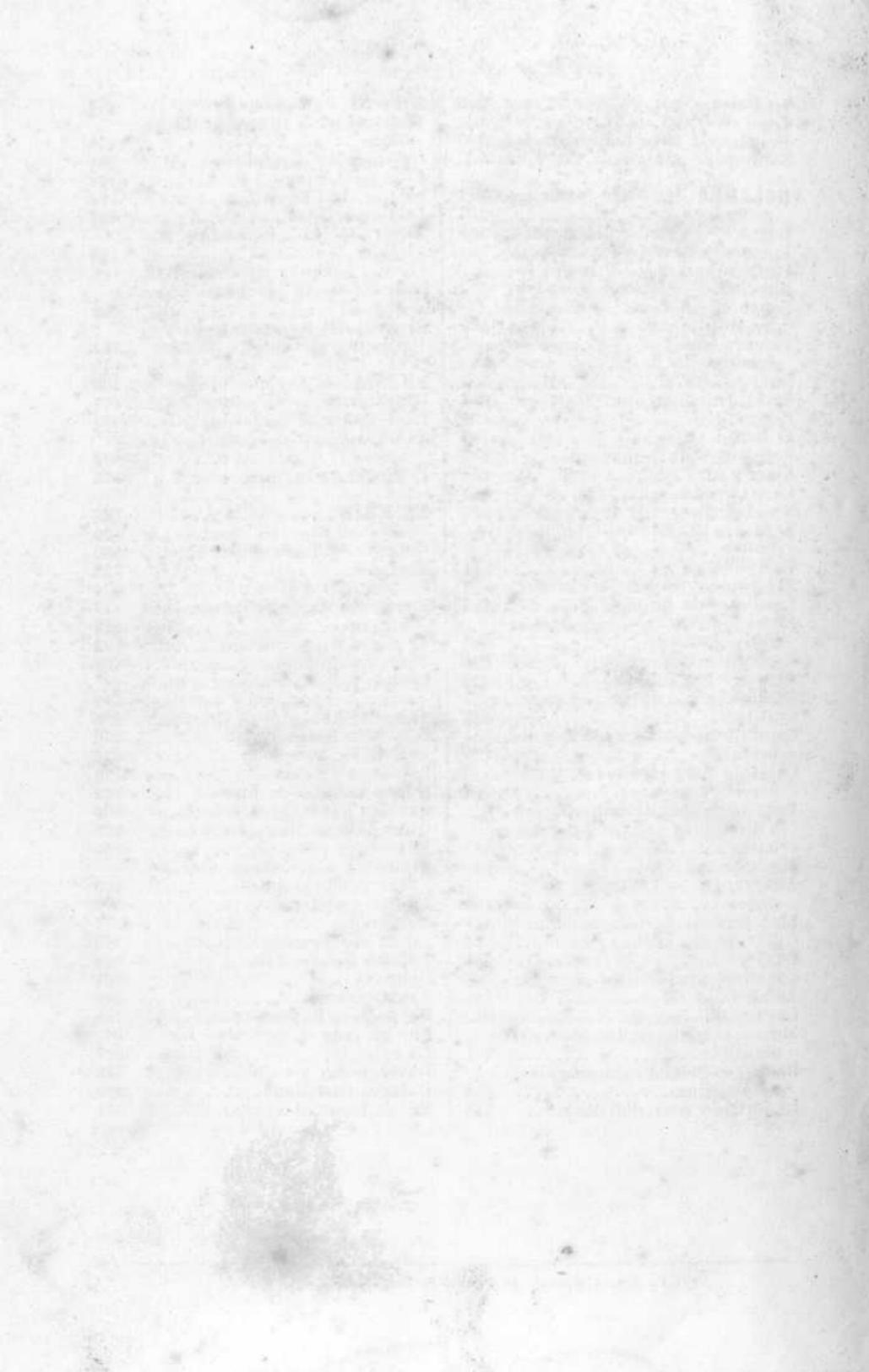
Los boulevards.....	126
Los anuncios.....	131
La casa de Fieschi.....	134
Plaza de la Concordia.....	135
Tirabeque en la Cámara de los Diputados.....	140
La tumba de Napoleon.....	145
Los Inválidos.....	146
Las Tullerías por dentro.....	149
Los Campos Eliseos.....	153
Templo calvinista.....	157
Teatros.....	160
La Grande Ópera.....	162
El baile.....	166
Expedición á Compiègne.....	176
Dos días de huésped en el pa- lacio de Luis Felipe.....	179
El cementerio del Padre La Chaise.....	186
La isla de los españoles; y Abe- lardo y Eloísa.....	190
Versalles.....	193
Fourier y los fourieristas.....	197
Reforma completa del mundo.....	201
Tirabeque en el Panteon.....	206
Teatro italiano.....	209
La prision de muchachos.....	211
La ermita y el pabellon de Rousseau.....	216
Saint-Denis.....	221
La gran Muralla.....	222
Un culto raro.....	223
Misa original.....	226
Misa por Napoleon.....	230
El Principe de la Paz.....	233
Mi retrato.....	236
Lo mucho que queda.....	240
El Louvre.....	241
Templos.....	243
Columnas.....	244
Palacios.....	245
Museos.....	Id.
Bibliotecas.....	246
Academias y sociedades litera- rias y de beneficencia.....	Id.
Y muchas otras cosas.....	247
Catacumbas.....	248
Postas, correos, corresponden- cia pública.....	249
Carácter y costumbres de los franceses.....	250
Varios vice-versas.....	258
Otras cosillas sueltas.....	259
Historia de mi baston.....	260
Y voy á salir.....	261
Y me paro al instante.....	Id.

SEGUNDA PARTE.

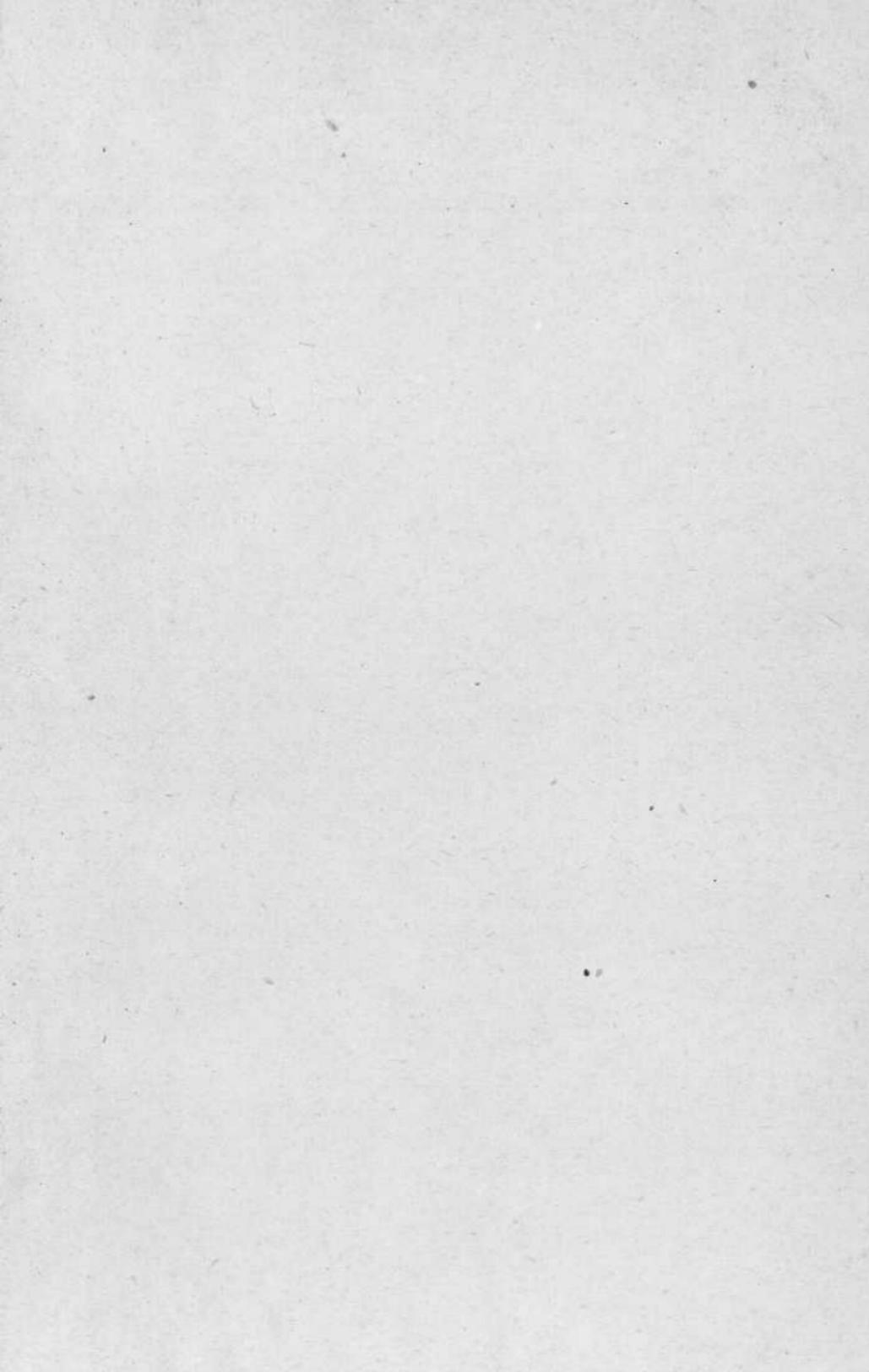
Advertencia de la segunda parte.....	263
BÉLGICA. —Aduaneros y lecto- res.....	363
De la línea á la capital.....	266

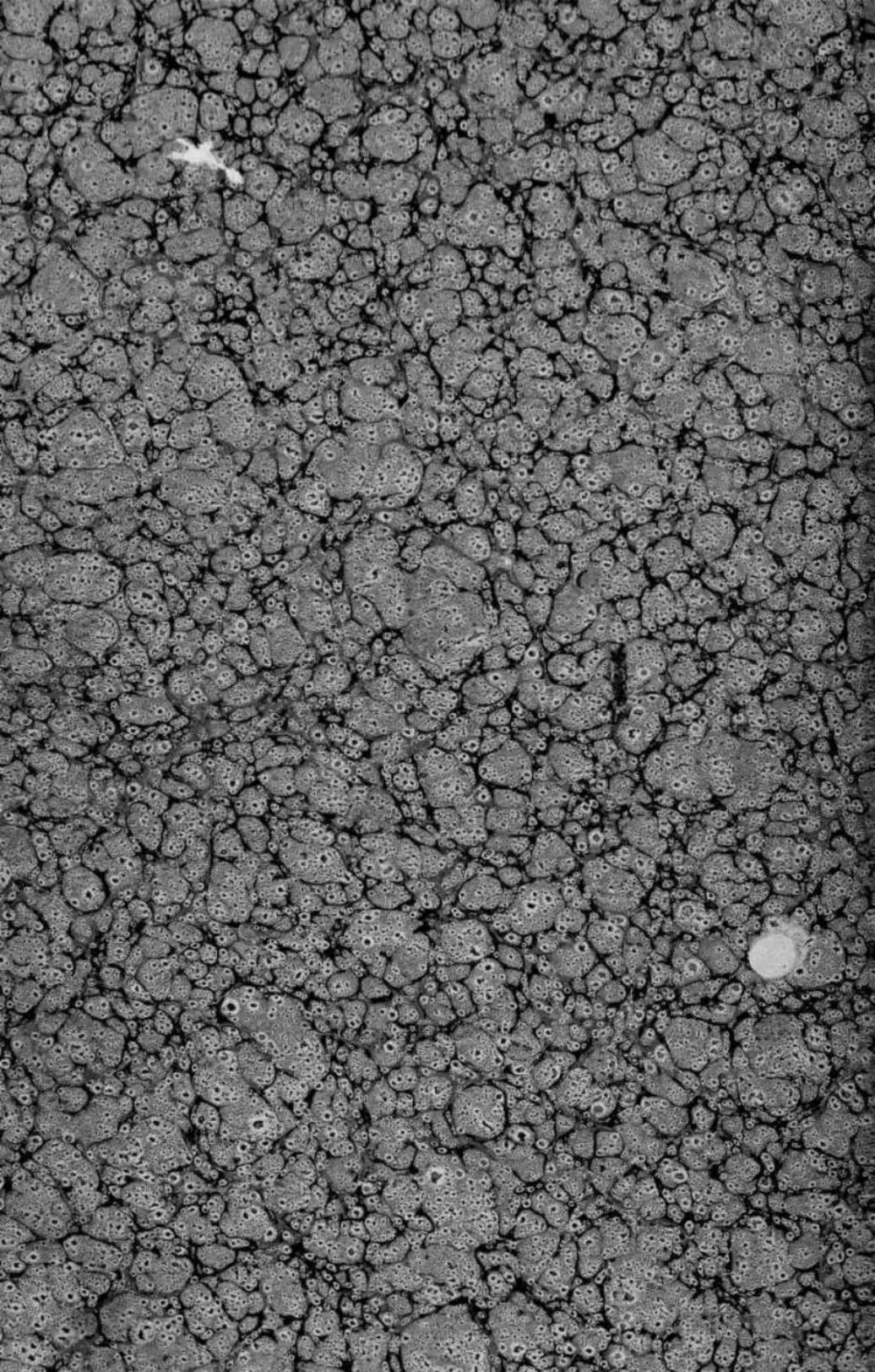
BRUSÉLAS. — Noche historiada.....	267
Día de historia.....	269
Casa de Ayuntamiento.....	274
Un muerto de allá por un vivo de acá.....	276
Diplomáticos españoles.....	279
El niño haciendo aguas.....	281
Plaza de los Mártires.....	283
Los ladrones.....	284
Palacio del Principe de Orange.....	286
Y va de palacios.....	288
Diálogo á cuatro.....	289
Caminos de hierro.....	291
Lieja.....	299
Historia y topografía.....	300
Las de Mr. Cockerill y la de Mr. Lesoinne.....	301
Hallazgo de libros españoles.....	303
Un oso entre la Virgen y san José.....	305
La maravilla de Lieja.....	306
La tierra de los Cristos.....	309
Verviers.....	310
Spa.....	311
La gruta de Remouchamps.....	313
Lovaina.....	318
Apertura de las Cámaras belgas.....	321
Waterloo.....	324
GANTE. — El guantazo de Cár- los V.....	331
Calderon de la Barca.....	334
San Bavon y San Babilés.....	335
¡Santa Bárbara bendita! ; y qué atrocidad de cañon!.....	337
Las carniceras Princesas.....	338
Setecientas monjas y un fraile.....	340
Fábrica de paño continuo.....	342
Prision modelo.....	343
La muerte á caballo, una vieja y un hermafrodita.....	345
Los Bibliotecarios y la Bibliote- caria.....	347
El Casino.....	348
Desmembramiento de la cuá- druple alianza.....	349
BRUJAS.	Id.
Cuentos de Brujas.....	351
Mas y mas Brujas.....	355
El mejor campanario de Europa.....	357
El obispo y los canónigos.....	359
Nuestra Señora y su gallo.....	360
La Virgen de Miguel Angel y las brujas al anochecer.....	361
Cárlos el Temerario.....	362
Un tesoro en su hospital.....	365
El Capuchino español.....	366
OSTENDE	368
AMBÈRES. — Su fundacion his- toria y topografía.....	369
Recuerdos españoles.....	371
La ciudadela.....	373
La catedral y sus adherentes.....	376
Santiago y Rubens.....	380
Rubens y Van Dyck.....	Id.

La Bolsa.....	385	UTRECHT. — La comida.....	448
Lope de Vega.....	Id.	El Domkerk y el templo Janse-	
Prepárense para marchar.....	386	nista.....	449
Salimos de Ambéres.....	Id.	Gabinete de agricultura.....	451
HOLANDA. — Ojeada histórico-		El papa Adriano VI.....	453
geográfica.....	387	La paz de Utrecht.....	454
BREDA. — Esto muda de especie.	389	La Universidad.....	457
El caballo de Troya.....	391	ZEYST. — Los hermanos Mo-	
LAS ESTACIONES. — Primera es-		ravos.....	458
tación. — El paso de Moerdyk	392	Cerros, bosques y tabaquerías.	461
Segunda estación. — El paso		NIMEGA. — El jorobado y las	
de Dordrecht.....	393	damas.....	462
Tercera estación. — El paso de		El reloj del Ayuntamiento y el	
Isselmonde.....	395	pabellon del duque de Alba.	463
ROTTERDAM.	397	PRUSIA. — ; Ay qué noche! ..	466
Casas, canales y comercio.....	398	DUSSELDORF. — Su categoría...	470
Erasmus.....	401	La fonda y el mercado.....	471
El lienzo en el aldabon.....	402	San Francisco volando por los	
Pot-pourri de religiones.....	403	aires.....	473
Agua y mas agua.....	404	El jardin de la Corte.....	475
LA HAYA.	407	EL RHIN.	476
Nuestro encargado de negocios.	408	Poesía del Rin.....	479
El Museo y las vacas de Paul		COLONIA. — Trato en el hotel..	482
Potter.....	410	Agripina.....	483
Curiosidades.....	411	La obra del diablo.....	484
El bosque de hayas en La Haya.	412	Los Reyes Magos, y las once mil	
Las botas de mi lego.....	413	virgenes.....	488
LEIDA ó LEIDEN. — Inundacion		El pleito del arzobispo.....	492
anti-española.....	416	Agua de Colonia.....	493
El mar de Harlem.....	418	Dietas, bailes, conciertos, más-	
Otro célebre sitio español.....	420	caras, exposición y loterías.	494
Capítulo para músicos y orga-		Abogado hablador.....	495
nistas.....	421	Otra vez Rubens.....	496
Capítulo para impresores y li-		Teatro. — Don Juan.....	497
breros.....	423	Recojámos velas.....	498
Capítulo para jardineros y afi-		Nuevo camino de hierro.....	499
cionados á flores.....	424	AIX-LA-CHAPELLE. — Los duendes.	500
Para ministros de gobernacion		Otros duendecillos de otra casta.	503
y directores de caminos y ca-		El célebre relicario.....	505
nales.....	427	Treinta y siete emperadores y	
Mirémonos en este espejo....	Id.	dos célebres paces.....	509
AMSTERDAM. — Teatro de varie-		Agujas y alfileres.....	512
dades.....	428	Vámonos.....	517
Idea general de la poblacion..	431	; Otra vez Francia! ..	518
Calles, casas, coches y carros..	432	Lila (en frances Lille).....	519
Ellas y ellos.....	434	CAMBRAY.	521
Comercio, industria y riqueza.	436	SAN QUINTIN.	522
Adfabulatio.....	440	De Paris á Bayona.....	525
Las fieras.....	Id.	Por un lado sí, por otro no... id.	
Museo, academias, templos, so-		La entrada.....	527
ciedades.....	441	David, judío y cojo.....	528
BROEK. — Pueblo raro, singular,		Dulzura castellana.....	530
notabilísimo.....	442	En su lugar, descanso.....	531
La jornada mas deliciosa.....	445		













BIBLIOTHECA MUSEI HISTORICO-NATURALIS
MUSEI HISTORICO-NATURALIS

VIAJES
DE
GERUNDIO

